
JINETES SATANICOS
PETER DEBRY
USA
QV
BOLSILIBROS BRUGUERA
SERIE
LA CONQUISTA DEL ESPACIO

# Jinetes satánicos

## Peter Debry

## La Conquista del Espacio/034

### CAPÍTULO PRIMERO

Los gigantescos rombos flotantes aparecieron durante las fiestas navideñas. Silenciosamente, enigmáticos y siniestros.

Todo en torno, aquellos rombos ostentaban filas de jinetes petrificados, montando inmóviles caballos negros. Los rostros de los jinetes semejaban máscaras diabólicas.

Los rombos bajaron a la tierra aisladamente, sin propósito aparente. Descendieron sobre París, Moscú, Sidney, Madrid y en regiones despobladas donde nadie pudo verles.

Y bajaron también sobre Nueva York surgiendo de la nada en los grises cielos invernales, posándose lentamente en la tierra.

* * *

El sol iba declinando dejando un resplandor anaranjado en el horizonte, cuando el primer rombo apareció en el helado cielo invernal, directamente encima del puente Washington.

El prisma rómbico medía, aproximadamente, unos tres metros de altura. Sus jinetes inmóviles formaban filas resaltando en torno a la rara figura geométrica.

El rombo fue posándose lentamente, manteniéndose a flote por alguna propulsión invisible.

Se inmovilizó sin la menor sacudida en pleno centro del puente, bloqueando su base por completo la calzada.

El tráfico era denso, yendo y viniendo de Manhattan. El primer

conductor que vio el rombo dio un brusco giro al volante, aplastando sus ruedas delanteras contra la baranda protectora.

El coche que venía detrás, desviándose para evitar el choque, surcó lateralmente el rombo.

Durante unos minutos, el aire se pobló con el metálico sonido de los impactos y el chirrido de neumáticos al ser empujados a fondo los frenos en la larga línea de tráfico.

El alelado conductor, dilatados los ojos, contemplaba como fascinado el rombo.

Tenía la absoluta convicción de que los jinetes petrificados eran verdaderas imágenes de centauros satánicos.

El extraño objeto permanecía en el centro de la calzada, bloqueando el tráfico. El refilonazo del coche no había producido la menor abolladura en su superficie.

Las bocinas de toda clase empezaron a atronar impacientes.

Un agente fue deslizándose hábilmente con su moto entre la maraña del tráfico embotellado, hasta el mismo lugar del taponamiento.

Contempló, incrédulo, el rombo.

Desmontando, desenfundó su pistola y avanzó cautelosamente hacia aquel asombroso obstáculo.

Y entonces el rombo pareció derrumbarse interiormente. Pareció irse plegando y reduciendo hasta desaparecer sin dejar la menor huella.

Excepto un motorista lívido, un conductor alelado y un coro de bocinas histéricas.

En un principio la súbita aparición de aquellos rombos causó pánico en aquellos que los vieron descender y posarse. Hasta que se comprobó que eran inofensivos, y entonces, la curiosidad atrajo hacia ellos a la gente.

Que era, precisamente, lo que querían los creadores de aquellos mismos rombos.

* * *

La nieve revoloteaba suavemente contra la ventana del apartamento de Rolf Talbot. La pantalla de la mesa del

despacho trazaba un pequeño círculo de luz muy íntimo.
Una botella de ginebra, otra de limón amargo y un cubo de aluminio conteniendo hielo picado, destellaban bajo la luz, sobre la mesa.
Rolf Talbot levantó su vaso en mudo brindis.
El calendario señalaba la fecha. Nochevieja, víspera de Año Nuevo. Rolf Talbot, soltero, próximo a cumplir los veintiocho, profesor de Física en la Universidad de Columbia, había sido invitado a varias reuniones.
Pero aquella noche prefirió estar a solas.
El zumbador de la puerta, vibrando en la quietud, interrumpió sus pensamientos.
Le dejó zumbar con la esperanza de que quien fuera el que llamaba, se iría. No tenía humor para visitas aquella noche.
Pero el zumbador insistía.
Talbot depositó su vaso en la mesa y fue a abrir. La muchacha en el corredor, era alta, esbelta y vagamente familiar.
—¿Rolf Talbot? —dijo ella. Asintiendo, señaló Talbot el interior.
—Pase usted, señorita...
—Bendix.
Aguardó ella un momento para ver si él la recordaba. Luego, sonrió al pasar ante él, echándose atrás la capucha de su anorak impermeable.
Talbot cerró la puerta. Ella comentó:
—Me doy cuenta que no me recuerda. Tenía yo dieciséis años cuando le vi por última vez. Soy Laura, la hija de James Bendix.
—Ah, sí, ya recuerdo. Hace tiempo. Unos cinco años, ¿no?
—Exacto.
—Deme su anorak Pasemos a la otra sala. Es más confortable.
Ella le estudió en breve ojeada y se decidió. Talbot colgó el anorak en el armario del recibidor y pasaron al estudio.
Laura Bendix se detuvo junto al despacho, mirando con curiosidad las estanterías llenas de libros flanqueando el hogar-chimenea.
Llevaba un vestido negro, sencillo, fruncido en ancho cinto al talle. Pese al sofisticado peinado en alto de sus negros cabellos, no parecía querer destacar.

Talbot fue hasta una mesita y alzó un vaso vacío.
—Puedo ofrecerle algo de beber, pero la elección es limitada. Ginebra o vodka.
—Tomaré lo mismo que usted.
Mientras mezclaba ginebra y un poco de limón con hielo picado, la recordó ahora con mayor claridad.
La hija de su antiguo profesor de antropología. Por entonces, ella era una chiquilla piernilarga entusiasta del rugby y de los discos «pop». La perdió de vista al irse de Nueva York.
Al volverse para tenderle el vaso, dijo ella:
—Vengo directamente desde la comisaría central de policía.

## CAPÍTULO II

Rolf Talbot arqueó las cejas interrogante, pero no hizo ningún comentario.
Laura Bendix cogió el vaso y su mano tembló levemente.
Sólo entonces se dio él cuenta de la tensión de su visitante.
Preguntó ella inesperadamente:
—¿Está enterado de lo referente a los rombos con jinetes satánicos?
—Hay dos en el museo de la calle 36. El comisario Harris los hizo traer, dejándolos bajo custodia. El profesor Burke y yo fuimos invitados a echarles un vistazo.
—Leí los comentarios del profesor Burke en el Times. Citaban que dijo que creía que los rombos procedían del espacio.
—Mal citado —la atajó Talbot—. Burke dijo que en primera deducción, sin bases sólidas, los rombos podrían proceder del espacio.
—Yo pensé que eran una especie de truco publicitario. Hasta esta misma noche.
Estremeciéndose, agregó ella:
—Me citaron para comprobar algo. Una tablilla con un mensaje de puño y letra de mi padre.
—Pero..., ¡si su padre murió hace ya unos ocho años!
—Viajaba en el yate Merman cuando desapareció en algún

lugar del Mediterráneo. Papá era íntimo amigo de Eric Golding, el petrolero. Se dio por supuesto que el yate de Golding chocó con una mina, a la deriva desde la última guerra y se hundió de inmediato.

—¿Y dice usted que el comisario ha encontrado algo escrito por el profesor Bendix?

—Esta es la razón por la cual he venido a verle. Estoy impresionada y confusa. El comisario Harris afirma que la tablilla procede del interior de uno de los rombos.

Frunció Talbot el ceño.

Durante tres días, los rombos con sus jinetes esculpidos, se albergaron en el museo, sombríos, grises, inertes e inexplicables.

Un tanteo con martillos determinó que estaban huecos. Una búsqueda minuciosa reveló que no tenían ninguna abertura visible. Un soplete de acetileno intentó en vano perforar el rombo sin el menor efecto.

Dijo Laura:

—Usted conocía muy bien a mi padre, y él hablaba con frecuencia de usted. Esto lo recordé esta noche y busqué su dirección en la guía.

Depositó su vaso en la mesita y añadió:

—Me gustaría que viniese conmigo a la comisaría y examinase el mensaje que, al parecer, está firmado por mi padre. Quiero que usted me diga si es solamente el resultado de una broma de mal gusto.

—No creo que nada referente a estos rombos sea una broma. Y para todos nosotros quizá sería muy de desear que así fuera.

* * *

El comisario Harris, calvo y de aladares canosos, había ascendido desde simple patrullero en Nueva York.

En treinta años de servicio había visto montones de cosas raras, pero nada tan extraño como el objeto que extrajo de un cajón de su despacho colocándolo sobre su carpeta.

Lo mantuvo bajo su palma. Sus ojos de un azul glacial se

posaron en Rolf Talbot.
—Usted y el profesor Burke estuvieron en el museo el martes, ¿no?
Talbot asintió. Miraba el objeto bajo la palma del comisario. Era aproximadamente del tamaño de una bola de billar y parecía de cristal transparente.
En su interior, palpitaba una luz, alternando todos los colores del espectro ocular.
—¿Qué es esto? —indagó Talbot.
Laura Bendix avanzó más el rostro al levantar Harris su mano.
La bola rodó por la carpeta y titubeó en el borde del despacho. Se tambaleó, como si poseyera inteligencia propia, y calculase la caída al suelo.
Luego rodó adelante, fuera de la mesa, y empezó a ascender.
Talbot no pudo detectar ningún medio visible de propulsión. Únicamente aquella luz palpitante, multicolor que era evidentemente una luz fría, ya que en caso contrario Harris no habría podido mantener su palma encima.
Talbot observaba la extraña esfera fijamente. Harris se reclinó en su silla, acechando a Talbot y a Laura.
La bola ascendió hasta el techo. Rodó por el estucado como si buscase una grieta, alguna abertura que le permitiese escapar. Tanteó con insistencia las esquinas, rodó paredes abajo y alcanzó la ventana.
Empezó a oscilar como un peso al extremo de un péndulo invisible, y comenzó a golpear suavemente el cristal, aumentando su oscilación hasta que súbitamente Harris se levantó, atrapándola.
Se volvió hacia Talbot.
—No tengo la menor idea de lo que es. Su amigo Burke tiene una idéntica en su poder y está intentando analizarla. Varios de los más renombrados científicos intentan lo mismo con otras iguales a ésta desde hace horas.
Extrajo de un cajón un pequeño martillo. Golpeó la esfera. La bola tintineó con nitidez de cristal, con un eco que se prolongó un largo minuto.
Harris depositó martillo y esfera en el cajón, cerrándolo.

—Esta bola de cristal y una docena similares proceden del interior de uno de los rombos del museo. Con ellas iba esto.
Abrió otro cajón y sacó una tablilla grisácea. Talbot se aproximó al colocarla Harris sobre la mesa. Excepto que la extraña tablilla estaba hecha de metal, se parecía mucho a las antiguas tablillas de piedra que el profesor James Bendix había traído a su casa años antes en una de sus muchas expediciones al Próximo Oriente.
En la superficie de la tablilla estaba grabado un mensaje:
«Destruyan los rombos y los jinetes de Rakan.»
Debajo del mensaje que se veía había sido escrito apresuradamente aparecía la firma legítima de James Bendix.

## CAPÍTULO III

Talbot identificó la firma de James Bendix. A su lado, susurró Laura:
—¿Qué significa esto?
—Significa que su padre no ha muerto. Significa que el Merman no chocó con una mina ni se hundió cerca de la costa africana.
—Entonces, ¿dónde está ahora? Si mi padre está vivo, ¿por qué no regresa a casa? ¿Qué son estos rombos? Y de pronto pareció tranquilizarse al agregar: —¿No es lo más verosímil que papá esté relacionado con algún experimento secreto del Gobierno?
—Tal vez sí —replicó Talbot aunque no lo creyese. Mirando al comisario, preguntó:
—¿Cuándo lograron entrar en los rombos?
—No lo conseguimos. Una puerta se abrió en uno de los rombos esta tarde, y un lote de estas bolas de cristal salieron flotando.
El teléfono sobre su despacho le interrumpió. Cogiendo el aparato, dijo:
—Comisario Harris.
Escuchó la voz que le hablaba. Asintió varias veces, y finalmente se limitó a replicar:

—Sí, señor. Sí, general. Comprendido.
Hablaba con tono de alivio. Al encajar el aparato miró a Talbot.
—Era el general Slack. Mañana mismo el ejército se hará cargo de este endemoniado asunto. Enviarán a sus propios técnicos desde Washington para examinar las pirámides.
—¿Cuándo se abrió la puerta del rombo?
—Según el agente de guardia, fue un poco después de las dos de esta tarde.
Hizo una pausa, mirando hacia el cajón cerrado conteniendo la extraña esfera. Estaba golpeando insistentemente, tratando de salir.
Harris se relamió los resecos labios. No era muy imaginativo, pero los rombos, sus jinetes, y sus esferitas, empezaban a crisparle el sistema nervioso.
Prosiguió:
—El agente dijo que primero oyó música, como si alguien hubiese sintonizado una orquesta y luego cerrarse el contacto. Cuando se dirigía hacia el rombo más cercano, surgieron un montón de estas bolas de cristal, empezando a flotar en torno como burbujas de jabón.
—¿Dónde encontraron la tablilla?
—Dentro del rombo. El agente cerró las puertas del alero del museo y me telefoneó. Fui allí con Forbes, nuestro experto de laboratorio. Atrapamos todas las bolas. Forbes tiene una en su laboratorio.
Miró hacia la puerta.
—Encontramos la tablilla dentro del rombo, en una especie de rimero de pared. Todo el interior estaba iluminado con una luz rosa que parecía proceder del interior de las paredes.
—¿Está seguro que nadie rondó ni tocó los rombos?
—Segurísimo que no. Solamente usted y el profesor Burke. Dejé siempre un agente dentro del ala del museo para impedir la entrada de cualquier entrometido.
—Me agradaría ver el rombo que tiene la puerta abierta.
—De acuerdo. Su amigo Burke me telefoneó con la misma petición. El y un amigo, creo que un fulano del observatorio de Harvard, querían ver de nuevo los rombos. Le di orden al

agente de guardia en la puerta, para que los dejase entrar.
Fue a coger su sombrero del perchero. —Voy con ustedes.

* * *

El Museo de Historia Natural estaba cerrado, pero el agente en la puerta reconoció a Harris y abrió.
Tomaron el ascensor hasta el cuarto piso y penetraron por un largo pasillo. Todas las luces estaban encendidas en el ala donde se custodiaban los rombos.
Un policía uniformado se hallaba en el corredor ante las grandes puertas. Empuñaba apretadamente un revólver.
Volvió el rostro, muy blanco, al oírles acercarse. Ondeando la zurda vagamente al interior de la gran estancia, susurró:
—Miren, miren...
Harris se detuvo. Laura se apretó contra Talbot. Una docena de esferitas como la que Harris guardaba en su cajón, estaban flotando erráticamente tras su cerca de cables. Tenía una puerta abierta. Una luz sonrosada inundaba su interior.
El agente murmuró trémulo:
—Se fue. Estaba allí mismo hace un minuto. El profesor Burke y su acompañante estaban dentro, examinando el interior. Y ahora..., se fue.
—¿Qué es lo que se fue? —ladró Harris—. ¿Qué demonios farfulla, buen hombre?
—El otro. El otro rombo estaba allá hace dos minutos. El profesor Burke estaba hablando con el viejo que le acompañaba. Oí subir el ascensor y pasé al umbral para ver quién venía. Entonces oí un ruido como de vapor escapándose de una espita, y cuando miré hacia atrás..., ¡el rombo se había largado!
Más que hablar, Harris parecía morder las palabras:
—Vaya abajo y dígale al agente de la puerta que no deje salir a nadie. Dígale a Jim que llame a la central solicitando urgente a media docena de agentes y que suban aquí a toda prisa.
Esperó hasta que el abrumado agente hubo desaparecido y entonces se volvió hacia Talbot.

—¡Esto es lo que ocurre por dejar que ustedes, los sabios, metan las narices! Probablemente Burke intentó sacar el rombo de aquí.
Le atajó Talbot secamente:
—Está usted excitado, comisario, o no diría tonterías. Fueron precisos cinco hombres y una grúa para meter estos objetos aquí dentro.
—De acuerdo, de acuerdo —rezongó Harris—. Pero, ¿y ahora qué le digo al general Slack?
Se volvió para contemplar, furioso, una esfera de cristal que repicaba en una esquina del techo, y endurecidas las facciones manifestó:
—Si estas monadas forman parte de alguna clase de experimento secreto del Gobierno, va siendo hora que me dejen participar del secreto.
—Si lo es, no me he enterado. Ni tampoco el profesor Burke.
Contempló Talbot el rombo solitario, recordando cómo en el puente Washington, otro rombo se había plegado como un acordeón, desapareciendo por completo.
Laura se estremeció. La gran sala estaba sumida en quietud y silencio.
Los enormes esqueletos de sus ejemplares de saurios no contribuían ni mucho menos a disipar sus sensaciones de intensa inquietud.
Dijo:
—Me gustaría volver a casa. Si papá está vivo, estoy segura que, de un modo u otro, se comunicará con mi madre.
Replicó Talbot:
—Me agradaría echar primero un vistazo al rombo.
Será solamente cuestión de un minuto. Luego la acompañaré a su casa, Laura.
Intervino Harris:
—Voy abajo a preguntarle detalles a Jim. ¿Quiere venir conmigo, señorita Bendix?
—Gracias. Me quedaré con el señor Talbot.
Salió Harris. Ofreció Talbot un cigarrillo a Laura que denegó con la cabeza.

Talbot encendió su pitillo, pensativos los grises ojos. Dijo:
—Burke está probablemente en algún lugar del edificio.
—Pero, ¿y el otro rombo? Había dos.
Talbot prefirió no contestar. La estancia amplificaba el eco de sus pasos. Encima de ellos flotaban las misteriosas y destellantes esferas. Una de ellas describió un lento círculo en torno a ambos cuando se detuvieron junto a la barrera de cuerda.
Escrutó Talbot el rombo solitario. Un panel abierto revelaba una cabina vacía de unos dos metros cuadrados. Un hombre alto podía entrar sin agacharse.
Pensó que Harris tenía razón. La luz procedía de las paredes. Luz fría. Pasó por encima de la barrera.
Laura titubeó un instante, y decidiéndose se agachó pasando bajo las cuerdas, y siguiendo a Talbot.
El interior del rombo tenía un resplandor sonrosado, agradable.
Talbot se detuvo alarmado al oír un susurro.
Un pequeño panel en la pared del fondo se deslizó lateralmente en el mismo instante en que él cruzaba el umbral.
Frente a él acababa de alzarse un recuadro oblongo similar a la pantalla de un televisor. Totalmente opaco. Debajo de aquel panel había un botón. Parecía ser de blanco cristal opaco.
Dijo en tono banal:
—Tiene aspecto de una de estas máquinas «Fotomatón». Esas en que por medio dólar se retrata uno mismo.
Sentía la tentación de pulsar aquel botón para averiguar lo que pasaría. Pero Laura Bendix estaba a su lado y no quería complicarle en lo que podía resultar una peligrosa aventura.
En el corredor resonó súbitamente la voz del comisario Harris:
—¡Talbot!
—Creo que es mejor que salgamos —manifestó Talbot.
Cogió del codo a la muchacha. Una de las esferas de cristal entró flotante dirigiéndose rectamente al blanco botón como un pájaro hacia su nido.
El botón cedió y el panel de la puerta se deslizó cerrándose suavemente, sin ruido.
Talbot trató de hablar calmosamente:

—No es nada. Este botón controla la puerta. Voy a abrirla.
Pero no pudo alcanzarlo.
Bajo sus pies, el suelo se onduló haciéndose fluido.
Hizo un intento desesperado para llegar a asir el botón blanco.
Y se encontró súbitamente incapacitado para moverse. Parecía clavado en un suelo que ya no era sólido.
Las paredes sonrosadas fueron retorciéndose bajo alguna distorsión cósmica.
Solamente la bola de cristal no cambió.
Adherida al botón como una gran pupila palpitante. La pantalla metálica encima de la esfera cristalina proyectó repentinamente una panorámica del ala del museo.
Talbot tuvo un vislumbre de Harris, boquiabierto, dilatados al máximo los ojos.
Casi de inmediato la escena se disolvió. Y en la pantalla quedaron únicamente las relucientes y diamantinas cabezas de alfiler que eran las estrellas del firmamento.

## CAPÍTULO IV

El tiempo dejó de existir para Rolf Talbot.
Como a través de una espesa niebla percibió que Laura Bendix estaba en el rombo con él, intentando hablarle.
No la oía, pero el miedo de ella calaba en Talbot.
Estaba imposibilitado para moverse ni contestarle. Le quedaba sólo la facultad de pensar y de ver lo que iba adquiriendo forma en la pantalla encima de la esfera de cristal palpitante.
El universo parecía haber enloquecido. Las estrellas desfilaban en veloces órbitas. Soles gigantes crecían y rellenaban la pantalla con su resplandor y volvían a desvanecerse en diminutos puntos rojizos.
Talbot no tenía sensación de movilidad. El rombo parecía permanecer estacionario en el espacio, mientras un extenso segmento de la galaxia pasaba de largo como una ancha y crepitante torrentera.
Finalmente, después de lo que pudieron ser instantes o siglos,

el torbellino en la pantalla se estabilizó.
Mostraba un planeta solitario.
Era de tamaño colosal y empezó a llenar la pantalla. Pronto ya no fue más un globo, sino una vasta sección de planeta.
Una masa gris, nebulosa, oscurecía los detalles de la superficie del planeta.
Talbot adivinó de pronto, por intuición, que aquel era el destino del rombo.
Aquel solitario planeta en el confín de la galaxia. La pantalla blanqueó al atravesar el rombo la niebla gris que envolvía el planeta. Se aclaró brevemente para mostrar un árido y llano paisaje y las cuadradas paredes blancas de un pueblo.
En la pantalla apareció un valle, una honda fosa en la tierra parda. Un lago profundo destelló por unos instantes.
La pantalla volvió a ser una superficie opaca. Talbot percibió súbitamente el marco de la puerta bajo sus pies. Y la presión del hombro de Laura contra su costado.
La voz femenina campanilleó en sus oídos:
—¡Rolf! ¿Qué ocurre?
Le rodeó los hombros con el brazo, sintiendo cómo temblaba su cuerpo. Pero no podía decirle nada. Ni para él mismo podía hallar la menor explicación ni respuesta.
La esfera de cristal que durante todo aquel intervalo había permanecido inmóvil sobre el blanco botón, ahora se elevó y el panel de la puerta se deslizó abriéndose.
Un calor vaporoso penetró en el rombo. El olor de vegetación húmeda y podrida inundó las fosas nasales de Talbot, sofocándole.
Laura tosió.
Su voz alentaba de terror:
—¿Dónde estamos, Rolf?
—No lo sé. Voy a echar una ojeada al exterior. Espera aquí.
Fue hacia la puerta y se ladeó al flotar la esfera de cristal a su altura. Un impulso instintivo le hizo cogerla antes que saliese.
Le sorprendió sentir los suaves tirones dentro de su palma. Las luces multicolores palpitaban insistentemente entre sus dedos. Sin pensarlo, maquinalmente, hundió la esfera en el bolsillo de

su chaqueta.
Durante un largo instante contempló el panorama.
Un bosquecillo de pinos y cipreses se interponía entre él y unas colinas volcánicas que formaban una barrera baja contra el cielo gris.
Laura acudía y al pisar Talbot la hierba, ella le siguió susurrando:
—Tengo miedo, Rolf.
Cogiéndola por una mano le sonrió, aunque no lograba disimular su propio aturdimiento.
Oteó en arco visual hallando siempre las mismas colinas volcánicas .contra el horizonte.
Se hallaban en una loma del valle en forma de bandeja. Un arroyo fangoso iba a desembocar aproximadamente a un kilómetro en una laguna. En la ribera colgaba una neblina, en borbotones, como si la laguna fuera un horno hirviente.
La voz de Laura le arrancó de su abstracción:
—¡Rolf! ¡El rombo!
Dio media vuelta. El rombo iba derrumbándose como sometido a la presión de una fuerza gigantesca e invisible. La inexplicable carencia de ruido resultaba pavorosa.
Las paredes del rombo parecían hundirse en la nada, hasta desaparecer como si nunca hubiera existido.
La esfera repicó en el bolsillo de Talbot.
Un temor creciente le hizo quitarse la chaqueta y arrojarla a lo lejos. La chaqueta rebotó y fue ondulando en saltos, denotando los esfuerzos de la esfera para escapar de sus pliegues.
Y entonces apareció la horrenda fuerza arrasadora. Fue un ruido crujiente, agudo, como de masas de papel reseco rasgándose. Crujía a través del claro y por donde pasaba todo desaparecía.
Talbot atrajo a Laura y corrió hacia el bosque, sin saber por qué, pero corriendo instintivamente.
La invisible fuerza estaba barriendo el lugar donde poco antes estuvieron. Un hondo surco señalaba su paso sobre la tierra.
Laura se detuvo. Sintió Talbot el tirón de su peso sobre su brazo y se volvió hacia —ella. Laura señalaba hacia arriba con

gesto tembloroso.
El objeto que ella indicaba no arrojaba sombra alguna. Pero Talbot sintió otra amenaza rondando al percibir el latigueo de unas enormes alas correosas.
El reptil volador pasaba a menos de seis metros encima de ellos.
—¡Un pterodáctilo! —exclamó Talbot horrorizado. El monstruoso reptil volante planeó y encogiendo las alas fue a posarse a pocos pasos de la chaqueta de Talbot.
Se bamboleó al borde del surco recién trazado y girando la cabeza de pesadilla ojeó a los dos seres humanos.
Convulso el rostro ordenó Talbot:
—¡Corre hacia los árboles! No te detengas a mirar atrás. ¡Corre!
La empujó y volviéndose, arañó en la tierra en busca de algún proyectil.
La chaqueta había atraído al reptil. Titubeaba ojeando los pequeños saltos de la esfera de cristal que seguía aprisionada en el bolsillo.
Bajando la cabeza triangular y dentada, el enorme reptil agarró la chaqueta entre sus poderosas mandíbulas de agudos dientes.
El seco crujido barrió de nuevo el claro, como si la fuerza arrasadora estuviese buscando algo ciegamente.
Cruzó el primer surco y pasó por encima del pterodáctilo.
No quedó nada visible, tras su paso.
Irguiéndose, Talbot olvidó la piedra que empuñaba.
Girando sobre sus tacones fue hacia Laura que estaba en el linde del bosque, y cogiéndola del brazo, corrieron juntos hacia la incierta protección de los pinos.
En algún lugar a su izquierda, entre la tupida selva que bajaba hacia la laguna, oyeron el pesado pisoteo de algún animal gigantesco en su camino hacia los pantanos.
Se detuvieron bajo el umbroso arco de los altos árboles.
Las piernas de Laura cedían. Talbot la dejó descansar mientras volvía a mirar atrás, a través del claro.
Ahora tenía una mejor visión desde allí, de aquel valle increíble.

Unas plantas enormes formaban hileras oscuras bordeando una porción del centro del lago. A lo largo de la ribera pantanosa grandes saurios estaban alimentándose plácidamente a través de espesos cañaverales, Un pterodáctilo trazaba su vuelo rasante de cazador sobre los pantanos.
Rolf Talbot meditó que aquel loco paso de estrellas por la pantalla del rombo le había inducido a error, le pareció una prueba de que estaban siendo transportados a través del espacio.
Pero todo el viaje había sido de otra clase. Un viaje de retroceso a través del tiempo y de siglos.
De algún modo y por medios incomprensibles, él y Laura acababan de ser depositados en las riberas de algún mar interior.
Transportados a la deriva a varios millones de años en el pasado.
Laura Bendix alzó el rostro, mirándole angustiada, Su voz lindaba en la histeria.
—¿Dónde estamos? Rolf, ¿dónde estamos?
Contestó él con esfuerzo:
—Estamos perdidos, Laura, perdidos en la prehistoria de los tiempos.
Y entonces, a modo de desacuerdo ruidoso, restalló el crepitar de una ráfaga de metralleta.

## CAPÍTULO V

Aquel sonido peculiar del siglo veinte era como una voz amistosa hablándoles en tono familiar.
Girando para enfrentarse al eco de los disparos, Talbot jadeó en el colmo del asombro:
—¡Una metralleta! ¡Alguien está manejando una metralleta!
Laura se puso en pie afinando el oído, pero los disparos no se repitieron. Había recobrado ella, en parte, la calma.
—Rolf, no puedo creer lo que he visto. Hace poco estábamos en el Museo de Historia Natural de Nueva York. Luego sucedió

algo insensato. Ahora estamos en el borde de un claro de jungla que corresponde al Mesozoico.
—¿Por qué estás tan segura de este detalle?
—Mi padre era antropólogo. Viví en un ambiente de expediciones, y por cuanto aprendí, deduzco que este valle es un sector del Mesozoico. Pero, ¿cómo llegamos aquí? ¿Y aquel rombo? ¿Dónde fue? ¿Por qué todo esto, Rolf? Dime por qué.
—Ojalá pudiera, pero no lo sé. Primero pensé que habíamos viajado mil años luz a través del espacio. Pero esto...
Y tendió el brazo hacia la laguna distante y los monstruosos saurios.
—Esto es fantástico, absurdamente fantástico. Todo ello está más allá de cualquier explicación. Lo único que podemos hacer es aceptarlo como un hecho. Nos volveríamos locos si tratásemos de razonarlo. Lo evidente es que caímos en una trampa. Fuimos transportados aquí deliberadamente por alguien cuyas intenciones desconocemos. Pero el mensaje de tu padre tiene que proceder de aquí. Esto significa que puede que aún siga vivo. Y aquellos disparos que hemos oído. Tal vez Burke...
El ruidoso estampido de una automática de grueso calibre le interrumpió.
Los disparos procedían de la dirección de las colinas volcánicas a menos de unos cuatro kilómetros.
—No podemos seguir aquí, Laura. Vayamos al encuentro de quienquiera que sean los que disparan. Sean quienes sean, probablemente resultarán más amistosos que aquellos monstruos.
Salieron del espesor del bosque y fueron bordeándolo, prefiriendo la alta yerba del claro a los matorrales.
Varias veces oyeron el fragor de algún voluminoso monstruo desplazándose hacia el río.
Era un avance lento. El vestido de Laura y sus zapatos de alto tacón no estaban diseñados para aquella clase de caminata. Su falda se prendió repentinamente en ramas bajas, rasgándose.
Su peinado se deshizo colgándole el cabello en húmedas guedejas. En una de sus etapas de descanso, rasgó ella una

larga tira del vestido para sujetarse el cabello a la nuca.
Iban aproximándose a la base de las colinas. Trepar a lo alto parecía difícil, casi imposible. La mirada de Talbot recorrió la barrera rocosa en busca de un acceso.
A la izquierda de donde estaban parados, había una ancha franja saliente, resaltando en el murallón de la colina.
En aquella plataforma rocosa se abrían oscuras bocas de cavernas.
Los dedos de Laura se hincaron súbitamente en el bíceps de Talbot.
—¿Qué..., qué es aquello?
Una peluda y encorvada caricatura de hombre había salido de una de las cavernas para, en la plataforma, mirarles desde lo alto.
Acudían otras figuras. Hembras toscas, de recios miembros.
Balbució Talbot:
—Neanderthal. Pero..., esto es absurdamente fantástico.
Fue entonces cuando apareció un hombre corriendo, surgiendo de los cascotes de piedras bajo la colina.
Era un hombre macizo, de corta talla, jadeando por la carrera. Su americana, desabrochada, aleteaba mientras corría.
No vio a Laura y Talbot, parcialmente ocultos por algunos peñascos.
El desconocido se detuvo en el claro y volvió el rostro en dirección al sitio del que había venido.
Gritó: —¡Clint!
Clint apareció a los pocos instantes.
Caminaba dando la espalda a ratos, terciada ante el pecho una metralleta. Era flaco y más alto que su compañero.
Su perfil izquierdo estaba surcado por la blanca cicatriz de un cuchillazo. Pese a las vaharadas cálidas, llevaba abrochada la americana de su elegante traje gris.
El hombre macizo y bajo, dijo:

—Supongo que esto les paró los pies, ¿eh, Clint? Su pongo que nunca hasta ahora recibieron una buena dosis de plomo.
Se secó con el dorso de la manga el sudoroso rostro, antes de

añadir en tono menos animoso:
—¡Arrea! ¿Viste alguna vez jetas tan raras? ¿Dónde cuernos estamos, Clint?
—¡Cierra la boca! —ladró Clint entre dientes. Volvió a mirar por entre las rocas, y dando media vuelta pasó junto a su compañero, alejándose de las colinas escarpadas.
Comentó: —Hemos de largarnos de aquí antes que oscurezca. Intentaremos subir a aquel cerro...
Vio entonces a Talbot aparecer en el claro.
Deteniéndose le encañonó con la metralleta.
—¡Eh, eh! —silabeó sorprendido.
Pero en su entonación gangosa había alivio.
—¿Quiénes sois?
Talbot avanzó con Laura a su lado.
—Soy Rolf Talbot. Daba clases en la Universidad de Columbia.
Clint gruñó pestañeando: —¿Oíste, Risko?
Risko se colocó a la derecha de su compañero Clint. —Arrea. Un maestro.
Preguntó Talbot:
—¿Cómo fue que llegasteis aquí? El voluble Risko explicó:
—Fuimos embarcados asquerosamente. Salíamos de estampida del garito de Mike, en el Bronx, cuando Bingo y un par de sus gorilas venían a por nosotros. Entonces vimos aquella caja tan rara...
Interrumpió Talbot:
—¿Con forma de rombo de baraja?
—Cabal, cabal, chico. Parecía un escondite estupendo...
—Cierra la boca —ordenó Clint fríamente.
Miró a Laura y sus claros ojos destellaron con breve fulgor de interés.
—¿Cómo llegasteis aquí? ¿Qué hace esta damisela contigo? ¿Dónde nos encontramos? ¿Qué lugar tan infernal es éste?
Replicó Talbot:
—Son muchas preguntas a la vez. Llegamos aquí del mismo modo que vosotros. Y no sé, dónde estamos.
Bufó Risko:
—Dijiste que eras un «profe» en Columbia. ¿Cómo, entonces,

no sabes qué cuernos pasa aquí?
Talbot encogió los hombros.
—Al parecer hemos sido embarcados como dijiste muy bien, Risko. Embarcados millones de años en el pasado.
Risko frunció el ceño. Su rostro, redondo, de nariz respingona, expresó recelo.
—¡Millones de años! ¡Tú estás chiflado! Se volvió hacia Clint:
—Creo tener idea de dónde estamos. Navegué por el Pacífico con los comandos y esto se me antoja igual aquel pedazo de infierno de Nueva Guinea donde montamos un campo de aterrizaje. Unicamente que...
—Únicamente que es distinto —remachó Talbot al aturullarse Risko en busca de más palabras.
—Y tanto —asintió Risko—. Por allá en Nueva Guine los nativos no es que fueran un prodigio de guapez pero comparados con las jetas de los que andan por aquí, rediez, vayas jetas que se traen por aquí.
Afirmó Clint rencoroso:
—¡Alguien pagará caro esta mala jugada! Tengo el pálpito que Mike estaba conchabado con Ringo, Jackie debió echamos algún pastillazo para dormir en nuestros vasos. Y nos dormimos dentro del rombo aquel.
Pero sacudió la cabeza, pensativo. Había demasiado detalles que no encajaban con su sencilla versión.
Exclamó sombrío:
—¡Nos jugaron una mala pasada! Condenado Mike, le haré migas cuando regresemos.
Había apoyado la culata de su metralleta en el suelo y hurgaba en el interior de su americana hasta que ex trajo un paquete de cigarrillos. Pensativo se colocó uno entre los labios.
Tendió el paquete a Talbot.
Aquel gesto amistoso, hizo que Talbot se sintiese aliado hacia aquellos dos confusos pandilleros que nunca podrían llegar a asimilar la verdad de lo que les estaba sucediendo.
Cogió un pitillo, y Clint al ofrecerle la llamita de su mechero, preguntó:
—¿Cómo vamos a salir de aquí? ¿Cuál es el camino de

regreso a los Estados Unidos?
—No lo sé. Pero vi una especie de pueblo poco antes que nuestro rombo se posase en este valle. Estaba por allá, tras aquel acantilado. Si pudiésemos llegar a la cumbre antes que anocheciese...
—Ya lo intentamos —dijo Risko—. Hay un par de sendas que llevan a lo alto. Pero una manada de muchachos peludos y robustos nos salieron al paso de pronto. Clint tuvo que cubrir nuestra retirada dándole al gatillo de su metralleta.
Manifestó Talbot:
—Tendremos que probar suerte de nuevo. Hemos de llegar arriba. Es nuestra única oportunidad de regresar a los Estados Unidos. ¿Cuántas balas te quedan en este artefacto, Clint?
—Unas quince píldoras. Pero bajo el sobaco tengo un cargador.
Risko dio una palmada sobre su funda sobaquera. —Solamente escupí un par de plomos, y también tengo cargador de repuesto.
Talbot indagó:
—¿Dispuestos a hacer otro intento?
Risko miró a Clint. Clint alzó los hombros.
—¿Qué podemos perder? Conformes. Vamos a probar de nuevo.
Talbot cogió a Laura de la mano. Por vez primera notó que su vestido estaba rasgado en el hombro izquierdo.
Pese a su aparente esbeltez, no cabía duda que era una mujer de busto bien moldeado.
—Va a ser una escalada dura, Laura. Descansaremos cuando lo desees.
Clint ya estaba avanzando. Seguido por Risko que gesticuló hacia la pareja.
Dijo Laura:
—Trataré de no ser un estorbo, Rolf.
La senda serpenteaba entre rocas en la base de las colinas. Después subía bruscamente. La senda se unía con otra que se apartaba de la plataforma de cavernas. Penetraron por la segunda senda.
Clint pasó atrás para cubrir la retaguardia con su arma

automática.
Un sujeto hirsuto salió de una de las cavernas y emitió un fuerte silbido.
Clint pulsó el gatillo y su balazo rebotó con zumbido colérico en la roca sobre la cabeza del neanderthal que se zambulló al interior de su caverna.
El gangster de la cicatriz en el flaco rostro comentó complacido:
—Esto les detendrá a raya. Son grandullones, pero no pueden hacerle frente a esta regadera.
Llegaron a la cumbre sin más obstáculos. Primero Risko, seguido por Talbot que atraía por la mano a Laura.
Clint apareció poco después, respirando ruidosamente.
El momentáneo silencio fue truncado por la voz de Laura:
—¡Rolf! El pueblo. El pueblo que vimos desde el rombo.

## CAPÍTULO VI

El poblado surgía en la llanura como un espejismo en el desierto.
Había algo de fantásticamente irreal en aquel distante amazacotamiento de blancas paredes, y Talbot, alzando la vista al cielo, vio a qué se debía la extraña reverberación.
Encima del pueblo colgaba un halo amarillo. Un anillo de luz intensa, como una franja circular de oro pulimentado.
Durante un largo intervalo tras la exclamación de Laura, los cuatro expedicionarios observaban en silencio.
Nada se movía en la llanura. Nada, excepto una columna de humo en el horizonte a la derecha del pueblo.
Había vida en aquel valle.
Clint removió los pies inquieto. Risko se pasó los dedos zurdos bajo el abierto cuello de su camisa. Miraba interrogante a Talbot.
Pero el profesor universitario solamente podía ensartar teorías, sin base positiva.
En alguna parte de aquel extraño planeta estaba la explicación de los rombos y la respuesta al enigma del profesor James

Bendix.
Laura pareció adivinar sus pensamientos.
—Mi padre puede estar en aquel pueblo, Rolf, si sigue con vida.
—No lo sabremos quedándonos aquí —admitió Talbot.
Miró a sus compañeros casuales.
—Podemos tropezar con dificultades, muchachos. ¿Venís con nosotros?
Algo similar a una sonrisa torció los delgados labios de Clint.
—Las dificultades son nuestro negocio. Si aquellos macacos se ponen matones...
—¿*Quo vadis*?
La breve exclamación marcial, «¿Quién vive?», en latín antiguo les hizo respingar.
No se veía quién la había pronunciado, pero sonaba con autoridad.
Durante unos instantes los terrícolas se inmovilizaron buscando el sitio de dónde procedía la voz.
Risko empezó a imprecar y Talbot sofocó una exclamación de sorpresa.
Una hilera compacta de hombres morenos, atléticos, se había materializado a lo largo del borde del valle. Se movían en marcha disciplinada, avanzando en sólida línea tras su cabecilla de corva nariz saliente.
Los dos extremos de la línea fueron cerrándose en torno a los cuatro expedicionarios.
Tras la barrera protectora de unos escudos, aquellos individuos empuñaban anchas y cortas espadas.
Con profunda estupefacción, Talbot contempló el estandarte con el águila de la Roma antigua ondeando en la lanza de uno de los guerreros.
—¿Romanos? —bisbiseó Laura atónita.
Clint inició el ademán de descolgarse del hombro la metralleta.
Talbot le atajó:
—Tal vez es preferible esperar a ver lo que sucede. El cabecilla romano alzó la diestra. Los guerreros hicieron alto. El centurión avanzó a solas. Un atleta, curtido en muchas campañas. Su truculenta mirada se posó un instante en el arma de Clint.

Preguntó en latin:
—¿Quién sois? No sois afkanos. Ni tampoco los medio semi hombres de los hoyos.
Hizo un ademán hacia el valle en forma de platillo tras los cuatro americanos.
Hacía años que Talbot no hacía uso del latín y solamente lo aprendió en su acepción académica. Pero entendió la pregunta del romano.
Vacilante, silabeando para pronunciar el lenguaje arcaico, replicó:
—Somos americanos del Norte. ¿Quiénes son los afkanos?
El centurión frunció el entrecejo. Alzando el curtido y musculoso brazo que enlazaba el escudo, gesticuló hacia el pueblo:
—Aquella es la ciudad de Mka. Los afkanos son nuestros enemigos. Están aliados a Satán. Eran jinetes satánicos antes que exterminásemos todos sus caballos. ¿Quiénes sois? Dímelo de nuevo.
—Americanos del Norte. Vinimos en los rombos que flotan, que vuelan. ¿Sabes dónde estamos?
El centurión denegó en brusca sacudida lateral de cabeza.
—Tu habla es romana. El romano de los extranjeros.
Pero yo nunca he oído hablar de tu tierra que dices ser América del Norte. Debe estar más allá de las Galias. Hasta quizá más allá de las Columnas de Hércules.
—En efecto. Pero esta tierra resulta desconocida también para nosotros. Estamos perdidos. ¿Sabes dónde estamos?
El guerrero romano sacudió de nuevo la cabeza. Explicó:
—Estábamos acampando en las Galias con César.
Recibí la orden de emprender una marcha forzada y atacar a los bárbaros por el flanco. Estábamos descendiendo por un desfiladero cuando el viento de Satán nos aprisionó.
Hizo un ademán circular con su espada.
—Fuimos transportados por algún instrumento de las tinieblas a esta fosa del Averno de la cual acabáis de salir. Nos abrimos paso combatiendo dejando atrás muchos compañeros que murieron bravamente. Hace ahora nueve jornadas que estamos intentando encontrar nuestra vía de retorno a Roma.

Talbot tragó saliva. Lo que el romano estaba diciendo resultaba también imposible.
Porque aquel hombre hablaba como si Roma fuera aún el centro del poder europeo. Hablaba como un contemporáneo de Julio César, el emperador que había sido asesinado veinte siglos antes.
Receloso intervino Clint:
—¿Qué jerigonza chapurreas, profesor? ¿Quiénes son estos payasos de carnaval?
—Romanos. Dice que aquél es el pueblo llamado Afka. Parece ser que los habitantes son hostiles a los extranjeros.
Palmoteando su automática enfundada afirmó Risko: —De este negocio nos cuidamos nosotros, ¿no es así, Clint?
Clint mascullό:
—¿Cómo podemos volver a los Estados Unidos, profesor? Pregúntaselo.
Talbot miró al romano. Estaba detallando a Laura con verdadero entusiasmo.
Comentó:
—Una moza agraciada. ¿Tu esposa?
—Sí. Es mi esposa.
—Mis plácemes. Supiste escoger bien.
El romano alzó la vista hacia el cielo y algún cambio indefinible en aquel manto gris pareció alarmarle.
Dijo abruptamente:
—Vamos. Pronto el Largo Sueño estará sobre nosotros. Debemos irnos de aquí antes que nos alcance.
—¿El Largo Sueño?
—Significa el tiempo de la inmovilidad. Es cuando Talia, la ayudanta de Satán, acude. Debemos irnos.
Expuso Talbot a sus acompañantes:
—Dice que le sigamos. Y creo que es lo mejor que podemos hacer. El veterano parece conocer los senderos en torno a este lugar.
Laura Bendix le cogió del brazo. Susurró:
—Mi latín fue siempre atroz, pero algo entiendo. Y me agradó que me creyese tu esposa, Rolf.

Rolf Talbot estuvo a punto de contestar que deseaba que la creencia del romano no fuera pura teoría.
Pero era un científico. Primero era preciso resolver la larga serie de interrogantes que presentaba aquel raro planeta solitario.

## CAPÍTULO VII

Ascendían, alejándose del poblado de Afka, al parecer dirigiéndose hacia la columna de humo del horizonte.
El centurión caminaba con los americanos. Sus soldados marcaban disciplinadamente el paso tras ellos.
El terreno, monótono, a ratos presentaba grietas hondas. No había vegetación ni señal alguna de agua.
Talbot empezó a notar la sequedad de su garganta sedienta. Laura empezó a renquear, y tuvo que detenerse.
—Lo siento, Rolf, pero los tacones altos me están torturando.
El centurión miró con interés las piernas femeninas, al explicarle Talbot el problema de Laura.
Volviéndose habló a uno de sus soldados que acudió sacando de su macuto un par de sandalias. Eran algo grandes, pero las correíllas de piel las mantenían con firmeza en los pies de Laura.
El centurión se inclinó de pronto y palpó con curiosidad la tersa superficie de las medias de nylon.
Laura, apartándole la mano, protestó indignada: —oiga, oiga, quietas las manos, ¿eh?
El romano se incorporó diciéndole a Talbot: —Fundas muy suaves. Estoy seguro que mi esposa estaría encantada con algo así. Tu país, ¿tiene otras maravillas como ésta?
—Te enseñaré algunas, si regresamos.
El centurión sintióse comunicativo.
Se llamaba Cassius Aurelius, capitán de una compañía de la Cuarta Legión de César. Hacía, dos años que estaba ausente de Roma y debía regresar a su hogar tras la campaña de las Galias.

Talbot intentó sonsacarle quién era el misterioso sujeto que él llamaba Satán. Pero solamente obtuvo una vaga respuesta:
—Satán reside en las llamas, en la cueva de Rakan.
Meditó Talbot que se trataría de un dios de alguna tribu.
De pronto, uno de los soldados lanzó una voz de alarma.
Cassius se detuvo. Talbot miró atrás. Los legionarios observaban con inquietud el cielo sombrío.
Iba cambiando. El gris amarillento iba tiñéndose de verde. Y Talbot se dio cuenta de algo más. Era un sonido tenue, muy tenue.
Un sonido silbante que tenía arpegios rumorosos de céfiro, de aire sutil.
Tétricamente anunció Cassius:
—Demasiado tarde. Tendremos que afrontar el Largo Sueño aquí.
Señalaba enfrente donde una de las grietas truncaba la monotonía del terreno.
—¿Por qué? —preguntó Talbot.
—Debemos apresurarnos —replicó roncamente el centurión.
Descendieron por la ladera de la ancha grieta que semejaba el cauce seco de un arroyo.
El silbido fue haciéndose más fuerte. El matiz verdoso del cielo encapotado iba adquiriendo un color más denso.
Y entonces se dio cuenta Talbot de otro extraño fenómeno.
En derredor los demás iban moviéndose con una rara lentitud, como si sus músculos estuvieran agarrotados.
Los romanos iban buscando lugares de reposo en entrantes del arroyo.
Llamó Talbot:
—¡Cassius!
El nombre se formó en sus labios con gran lentitud. El centurión, volviéndose, movió lentamente la mano, y sus labios formaron claramente la palabra: «Bajad».
Los misteriosos silbidos eran ahora ruidosos, como una melodía tintineante acompasando el cambio del color celeste.
Uno tras otro los componentes del grupo iban quedando inmóviles en las grotescas posturas en que el cambio

anatómico les sorprendía.
Talbot se volvió hacia Laura. Deseaba volverse del todo, pero no logró su propósito. La vio de soslayo.
Ella estaba en pie, muy cerca, abierta la boca, una mano en alto como para sofocar un grito. Parecía una hermosa estatua.
El Largo Sueño —pensó Talbot—. La inmovilidad. ¿Presagio de muerte?
Descartó esta idea. Cassius y sus legionarios ya habían experimentado aquel fenómeno antes, sobreviviendo.
No podía hacer nada, excepto esperar. La palabra hizo eco en su mente. Esperar. Como una grotesca estatua de un hombre, con un brazo medio tendido, y su pie izquierdo en alto a centímetros del suelo.
Luchó contra el Largo Sueño con toda la fuerza de un hombre de intensa voluntad, y por ello fue el último del grupo en sucumbir al inexpicable fenómeno.
No vio el vehículo que acudía y que de pronto se detuvo ante él.
Flotaba a escasa distancia del suelo. Era de lustroso metal rojo con una cubierta de plástico.
Tras el parabrisas se transparentó un rostro de mujer, enmarcado en una cascada de cabello dorado. Un rostro, exquisito, de perfecta belleza artística.
Una puerta se abrió en el vehículo flotante. La mujer salió.
En pie era tan alta como Talbot. Vestía un material muy corto que parecía metálico, y un sujetador de urdimbre más blanda acariciaba su agresivo busto.
A su espalda llevaba una pequeña caja con antena. Avanzó hacia Talbot.
Su terso rostro delicado y sus negros ojos eran tan jóvenes como la inocencia. Sus henchidos labios rojos eran a la vez dulces y crueles.
Y era arrogante, con la arrogancia del poder. Presta ante él le colocó la mano en el brazo, y casi de inmediato él notó que la conciencia de los hechos retornaba a su organismo.
Lentamente recuperaba la facultad de pensar, de moverse y de volver a oír.

Este último sentido lo comprobó por el cambio en los silbidos que ya no eran notas melódicas, sino coléricas, furiosas. Era como si algo o alguien estuviera disgustado por aquella interrupción del Largo Sueño.
La mujer ordenó:
—¡Ven!
Sus labios no se habían movido.
La palabra había resonado en el cerebro de Talbot.
Una orden imperiosa. «Transmisión mental», pensó.
La respuesta de ella fue rápida:
—Sí, en efecto. Lo que vosotros los terrícolas llamáis telepatía. ¡Ven!
Intentó él volverse hacia Laura, y pronunció claramente su nombre.
La misteriosa mujer dijo:
—Déjala. No la necesito, ni a tus otros amigos, ni a los romanos. He venido a por ti. Supe que habías aterrizado en Rog. Los ojos de los jinetes de Rakan me lo dijeron.
—No iré a ningún sitio sin Laura.
Los dedos femeninos soltaron su brazo, y casi al instante sus músculos volvieron a inmovilizarse. —No puedes desobedecerme, Rolf Talbot.
Y cogiéndole de nuevo el brazo, conminó: —Vamos al giro-coche.
Como un autómata entró en el vehículo sentándose en la banqueta acolchada. La mujer se deslizó tras el volante rojo, y la puerta se cerró.
El vehículo se puso en movimiento. Flotaba a poca distancia del suelo como sobre un colchón de aire.
Preguntó Talbot: —¿Quién eres?
—Soy Kaya, ayudanta de Rakan, el Poderoso.

## CAPÍTULO VIII

El giro-coche se desplazaba velozmente hacia el poblado de blancos muros.

Meditaba Talbot sobre el intenso verdor del cielo, y una explicación parcial se le ocurrió. Aquella luz era el resultado de los soles amarillo y azul, ambos brillando ahora con igual intensidad sobre el solitario planeta.
Cuando el sol azul eclipsase al amarillo entonces una noche azul se tendería sobre el planeta.
Pero, ¿y el fenómeno del Largo Sueño? Posiblemente algo en las radiaciones combinadas de los dos soles, producía una extraña catalepsia.
La voz de Kaya intervino en sus especulaciones: —Así es, Rolf. Las radiaciones «badar» producen este efecto en toda vida forastera al planeta Rog. No dura mucho, pero durante este intervalo, los «eban» nutren su sistema nervioso de las fuerzas vitales de los durmientes.
—¿Los «eban»?
—Son los productores de los sonidos silbantes. El pueblo invisible. Son los legítimos nativos de este mundo de Rog. Nosotros somos todos extranjeros aquí. Hasta Rakan, el Poderoso. Si no fuese por el escudo de Rakan que llevo y que nos protege de las radiaciones «badar», también nosotros dormiríamos.
—¿Quién es Rakan?
—Yo misma no lo sé. Pero es el Poderoso; más grande que Osiris y que Ammon-Ra, el dios del sol.
—¿Por qué mencionas deidades egipcias?
—¿El rombo no está formado por dos pirámides simbólicamente unidas por su base, invertidas?
—¿Fue entonces Rakan quien construyó las dobles pirámides en rombo y las envió a la Tierra?
—Sí. En busca de más ejemplares espécimen.
—¿Por qué? ¿Con qué propósito?
—Para lograr hombres como tú. Para obtener muestras de las civilizaciones que se han producido en la Tierra. Las mentes investigadoras eran las más aptas para ser atraídas al engaño. Y necesito cerebros entrenados, cerebros que entiendan de física nuclear.
Talbot permaneció en silencio.

El giro-coche iba aminorando su velocidad aproximándose a los blancos muros de Afka, que se elevaban a unos ocho metros del suelo.
Enormes puertas de madera tan altas como los muros, parecían poseer una solidez indestructible.
Unas atalayas en los muros flanqueaban los grandes portalones.
El giro-coche se detuvo a unos cincuenta pasos de un portalón.
El pueblo entero estaba circundado por un foso de luz verde de unos cinco metros de ancho.
Era solamente una franja de intensa luz, pero era evidente que le inspiraba respeto a Kaya. Ella pulsó una palanca en el cuadro de mandos. El foso se fraccionó. En un espacio equivalente al ancho del portalón la luz verde desapareció. Los altos batientes se abrieron.
El giro-coche avanzó deslizándose por el puente dentro del pueblo. Mirando atrás, vio Talbot que la luz volvía a tender su franja apenas habían pasado.
El vehículo fue bajando por una ancha avenida flanqueada por enormes estatuas de antiguos dioses egipcios. La avenida terminaba en los anchos peldaños y los blancos muros de un compacto edificio.
Talbot no vislumbró señal alguna de vida. Afka parecía un pueblo sin habitantes.
Explicó Kaya:
—El Largo Sueño. Todos duermen en Rog. Así es mejor.
El coche se detuvo ante el imponente edificio.
Con la mano de Kaya sobre su brazo, Talbot pudo moverse, aunque sonámbulamente. Subieron los anchos peldaños de piedra, pasaron por entre altas columnas de mármol y atravesaron un gran umbral.
La luz se filtraba a través de ranuras en el techo del gran vestíbulo. Modelos en tamaño reducido de los dioses egipcios se erguían en pedestales dentro de hornacinas ahondadas en las paredes.
Al fondo de la larga y penumbrosa estancia, una figura diminuta ocupando un trono.

A Talbot se le antojó mientras avanzaba que la escena era un cuadro esculpido en mármol. A cada lado de la figura inmóvil en el trono se arrodillaban cortesanos en actitudes petrificadas.
Murmuró Kaya:
—Este es Lost Eban, gobernador de Afka, por la gracia de Ammon-Ra, y mía.
Diez peldaños daban acceso al trono. Kaya se detuvo al pie de la escalinata.
Ordenó:
—¡Arrodíllate!
Talbot se rebeló, tensando los músculos para mantenerse erguido.
—¡Arrodillate! —repitió Kaya imperativamente. Sacudió Talbot la cabeza en negativa.
Rió Kaya:
—Eres testarudo, Rolf. Creo que me serás muy útil cuando regresemos a la Tierra.
La mano de Kaya se apartó de su brazo.
Los silbidos misteriosos empezaron a atronar en sus oídos. Lo último que recordó fue contemplar a Lost Eban. Un hombrecillo de mortecinos ojos negros mirándole fijamente.
Después el Largo Sueño le invadió.
Kaya dio media vuelta alejándose de las figuras petrificadas en derredor del trono de Lost Eban.

* * *

Lentamente, la luz azul reemplazó a la verde. Los silbidos de los «eban» empezaron a diluírse y silenciarse.
La facultad de pensar regresó a la mente de Laura Bendix. Miró en torno. No veía a Talbot y sentíase muy cansada. Sus rodillas se doblaron y quedó sentada.
En torno a ella empezaban los demás a moverse: Y también los que fueron sorprendidos en pie, se sentaban.
Llamó ella temerosa:
—¡Rolf!
Cassius Aurelius era el único en pie. Dijo:

—Tu hombre se ha ido. Kaya vino. La vi antes que el Largo Sueño cerrase mis ojos. Ella se lo llevó al pueblo de Afka.
—¿Kaya? ¿Quién es?
Pero Cassius ya estaba alejándose dando órdenes a sus legionarios. Laura buscó auxilio en los dos hombres de su propia época.
Clint la estaba contemplando con una mirada que la molestó.
Risko masculló:
—Rediez, estoy reventado. Supongo que debe ser sueño atrasado.
Regresando dijo Cassius:
—Debemos seguir adelante. Kaya sabe donde estamos. Enviará a los afkanos. Nos matarán si nos atacan aquí en los llanos.
Ladraba órdenes a su legión. Sus guerreros se movían lentamente.
Risko permanecía tumbado abiertas las piernas y tendidos los brazos contra el suelo. Miró de reojo a los romanos, y farfulló:
—Os podéis largar. Yo me quedo aquí. Estoy reventado.
Cassius se aproximó. Inclinándose agarró por los brazos al gangster y lo puso en pie.
Gruñó:
—Tú vienes con nosotros. Ya hemos perdido bastante tiempo.
Una furia repentina crispó las redondas facciones de Risko. Se llevó la diestra al sobaco izquierdo.
Cassius le aplicó un manotazo en revés en pleno rostro. El bofetón hizo girar sobre sus tacones a Risko.
La pistola que empuñaba se disparó, y la bala trazó un refilón en la tierra a unos metros más allá de las sandalias del romano.
La explosión sorprendió a Cassius. Fruncido el ceño miró la pistola que empuñaba Risko.
Clint acudió en ayuda de su compañero, descolgándose la metralleta. Risko estaba pasándose el dorso da la mano por el perfil dolorido.
Ojeando rabioso al romano amenazó:
—Tú, maldito payaso, vas a saber lo que es tragar plomo calentito.

Laura le asió por la muñeca.
—¡Risko! El solamente quiere ayudamos. Dice que no podemos quedarnos aquí.
Risko la empujó, apartándola.
—Claro que nos quedamos. Déjales que se larguen, si tanto les gusta repicar las suelas.
Los legionarios habían formado una rápida hilera.
Los extremos de la formación iban acercándose. Un guerrero alzó su lanza.
Entornados los párpados, Clint pulsó una sola vez el gatillo de su metralleta. El legionario doblándose, cayó de bruces, inerte.
Los otros se detuvieron. Manifestó Clint:
—Esto es lo que les pasará a todos si tratan de avasallamos. Tú, chica, hablas su jerigonza. Diles que escapen, que se larguen. Ya nos cuidaremos de nosotros mismos. ¡Vamos, diles que salgan pitando!
Laura se expresó en un latín defectuoso, pero Cassius la comprendió. Era un cabecilla inteligente. Aquellos hombres no significaban nada para él. Poco le importaba que los afkanos los matasen.
—Tú, mujer, ven con nosotros.
Titubeó ella un instante. Luego denegó. Cassius y sus legionarios eran seres de otra época. Clint y Risko eran compatriotas suyos.
Cassius fue al frente de su legión y a su orden partieron todos a paso ligero desapareciendo prontamente en un recodo.
Risko Gaynor seguía soltando palabrotas. Le atajó Clint Malkin:
—Cierra la boca. Vamos a ir al pueblo que vimos allá atrás. No me importa lo que digan los sabihondos. No me trago todo este cuento de que estamos fuera de la Tierra. Esto vale para los chiquillos que se leen a Superman, pero no para mí. Yo soy listo. He calado que alguien nos está jugando una broma pesada y quiero enterarme de quién es.
—Así se habla, Clint —aprobó Risko—. Y si alguien se siente gracioso, le haré reír por un agujero en sus tripas.
No cabía oponerse y Laura asintió.
De nuevo la mirada ansiosa de Clint Malkin la recorrió de pies a

cabeza.
Y para ella sólo existió un ferviente deseo. Ver cuanto antes a Rolf Talbot.

## CAPÍTULO IX

El pueblo de Afka dormía. Su cerco de luz era de un azul más claro, menos intenso que el amarillo y verde. Se filtraba a través de las columnas hasta el estrado del trono de Lost Eban.
Lentamente Talbot fue teniendo noción de que estaba al pie de la escalinata contemplado por unos ojos negros que empezaban a adquirir expresión. Una expresión de creciente sorpresa.
Los sirvientes empezaron a moverse. Se apartaron del trono volviéndose para enfrentarse al hombre solitario al pie de los peldaños.
Eran nubios atléticos, vistiendo sólo un largo faldín.
Sus desnudos y musculosos torsos relucían bajo la luz azul. Cada uno de ellos empuñaba en la diestra una larga lanza.
Lost Eban se puso en pie. Pequeño, flaco, tieso y altivo.
Preguntó:
—¿Quién eres tú?
De nuevo las palabras se formaron en el cerebro de Talbot. Pensó que la transmsión mental del lenguaje no era exclusiva de Kaya.
Vio a Lost Eban mover la cabeza en repentina comprensión.
—O sea que Kaya te trajo aquí. Debes ser Rolf Talbot, el último recién llegado de la Tierra.
Talbot se limitó a asentir.
El egipcio le estudiaba con penetrante mirada. —Debes proceder de la región más allá de las Columnas de Hércules, la región llamada América. Vistes como los otros.
«Los otros —pensó Talbot—, serán el profesor Burke y Paul Langdon, el astrónomo de Harvard».
Continuaba Eban:
—América es un país poderoso, según me han dicho. Mucho

más poderoso que el antiguo reino de Sumeria, el país de mis antepasados.
—Así es. Pero a veces un exceso de poder puede convertirse en un maldición para el país que lo posee.
—¿Eso crees? —y sentándose agregó Eban—: El poder lo es todo, terrícola, aun aquí mismo. Es un poder inimaginable el que impide que el cielo nos destruya. Un gran poder mucho mayor del que conoces en América el que aquí te trajo.
Rió con arrogante desdén:
—Crees que eres poderoso en tu país, terrícola. Pero todavía no conoces el pleno sentido del poder. La Tierra lo sabrá cuando nosotros, los elegidos de Osiris y Ammon-Ra, regresemos a la Tierra, no como un puñado de gente arrancada de la lejanía de los tiempos y encogidos de terror ante el progreso de cuatro mil años, sino como conquistadores, terrícola, ¡como conquistadores!
Talbot reaccionó con silencioso asombro ante el fanatismo del egipcio.
Lost Eban se arrellanó en su trono.
—Pronto llegará el momento. Las máquinas ya están siendo calibradas. Los rombos de transporte han sido reunidos en la Sala del Poder. Pronto, muy pronto ya, regresaremos a...
Dejó de hablar al ver a Kaya acudiendo. El miedo borró la arrogancia de sus ojos.
La fría voz de Kaya repercutió en el cerebro de Talbot.
—Hablas demasiado, Lost Eban. Recuerda... Rakan no se ha ido aún.
Lost Eban se levantó. Kaya se detuvo a un lado de Talbot.
—Ven, Rolf. Te llevaré donde están tus amigos. Les agradará volver a verte.
Eban hizo un ademán como para ordenar detenerles.
Kaya se volvió.
La batería en sus espaldas generando el «campo de Rakan» envió por su antena un haz de luz azul.
Lost Eban se encogió desplomándose en su trono, hosco y sombrío.
Talbot siguió a la extraña mujer hasta un pasadizo lateral que,

por un patio interior, conducía a otra sala del edificio.
Dos centinelas nubios se apartaron de una puerta de bronce y a la señal de Kaya, uno de ellos abrió la puerta. Dijo Kaya:
—Volveré más tarde a buscarte, Rolf, cuando esté preparada para llevarte ante Rakan, el Poderoso.
Se fue. Y Talbot entró en una amplia habitación ventilada por dos ranuras a modo de ventana en la pared del fondo.
En una banqueta dorada, dos hombres sentábanse con expresión de aburrimiento enojado.
Avanzando exclamó Talbot:
—¡Hal Burke!
La puerta de bronce restalló cerrándose.
Hal Burke saltó en pie, asombrado. Su compañero, más viejo y menos robusto, siguió sentado mirando con curiosidad a Talbot.
Burke tenía más aspecto de luchador que de físico preeminente. Parecía mucho más joven que sus cuarenta y siete años, debido a un riguroso entrenamiento gimnástico diario.
Acudió al encuentro de Talbot tendida la diestra.
—¡Rolf! ¡Me complace mucho verte!
—Perdona si soy menos entusiasta, pero preferiría estar por Manhattan capeando contigo.
Miró hacia el hombre de barba gris, desmadejado en la banqueta.
Burke ondeó la diestra.
—Rolf. Ahí tienes a Paul Langdon, ya sabes, el del Observatorio de Harvard.
Langdon se puso lentamente en pie. Sus brillantes ojos azules destacaban en el rostro arrugado y en aquellos momentos preocupado.
—¿Qué tal, Rolf? Hal le mencionaba con frecuencia.
Escribió usted un estudio sobre cargas negativas que encontré muy interesante.
—Celebro que le gustase. Hal lo consideró demasiado imaginativo para su gusto.
Murmuró Langdon:
—La imaginación en el umbral del destino humano.

Pero confieso que estoy azarado y asustado por todo esto.
Señaló hacia la puerta cerrada, y agregó melancólico: —Estamos perdidos en algún planeta totalmente fuera de nuestra galaxia. No me puedo acomodar a esta idea. Es excesivamente fantástico.
Hal Burke era un científico más práctico. Dijo:
—Llegaste aquí en un rombo, supongo. ¿Iba alguien más contigo?
—Laura Bendix. La hija de James Bendix.
Paul Langdon volvió a desplomarse en la banqueta y ocultó su crispado rostro entre las manos.
Burke comentó sorprendido:
—¿La hija de Bendix? La conozco. Una chica inteligente, interesante. Dime, ¿dónde esta ahora? ¿Qué te ocurrió?
Talbot explicó lo sucedido. Concluyó.
—Tengo que salir de aquí. La dejé en compañía de dos pandilleros y de un grupo de romanos que se creen que están extraviados por alguna parte de las antiguas Galias.
Rió con acre humorismo:
—Resulta gracioso, ¿no, Hal? Toda mi vida soñaba con el día en que los hombres dieran su primer gran salto al espacio. Hemos pisado la Luna. Marte parece ser la próxima meta. Y ahora...
—Ahora hemos sido arrancados de la Tierra y transportados a mil años luz a través del espacio —intervino Langdon separando las manos del rostro—. Mil años luz. Quizá más. ¿Sabe lo que esto significa?
—¿Está usted seguro de lo que afirma?
—Por desgracia, sí.
—Entonces no nos desplazamos a través del espacio por los medios que conocemos. No podríamos haber llegado tan lejos de nuestro sistema solar en el escaso tiempo que duró el vuelo.
Preguntó Burke secamente:
—¿Cuánto tiempo crees que duró tu vuelo? ¿Acaso puedes adivinarlo?
—¿Qué quieres decir Hal?
—Pudo durar un año, diez años, cien. Nos desplazamos a

través de un espacio «pretensado». Un término conveniente para algo de lo cual poco sabemos. Y el tiempo normal sufre alteración. ¿Qué conocemos acerca de este planeta? —Nada en absoluto.
—Exacto. Entonces hasta podemos estar en un espacio de tiempo distinto a la continuidad del universo. Tu mención de los romanos me lo confirma. Cassius Aurelius era un centurión fiel a Julio César. Esto sucedía hace unos dos mil años, medido por horario terrenal. Pero para Cassius sólo han pasado unas jornadas desde el incidente en las antiguas Galias. ¿Te das cuenta, Rolf?
Talbot meneó la cabeza, desesperado.
—Estamos perdidos a mil años luz de la Tierra. Sentándose junto a Langdon agregó:
—Atrapados como moscas en una botella. Replicó Burke torvamente:
—Mejor dirás como conejillos de Indias en una jaula de laboratorio. Así es como veo el asunto, Rolf. Aquellos rombos fueron proyectados para traer desde la Tierra a cualquiera que entrase en ellos. ¿Por qué motivo y con qué propósito? No eran artefactos destructivos. No eran armas de conquista. Simplemente trampas. Esto es lo que eran. Trampas cósmicas, proyectadas para traer ejemplares de la Tierra, muestras para ser estudiadas por quienquiera que inventó los malditos rombos.
Musitó Talbot como alucinado:
—El valle de los saurios. Los afkanos. Los romanos.
—La fuerza de la que hablaste, la fuerza que barrió a través del claro en aquel valle, llevándose tu chaqueta y a la vez el pterodáctilo... Quien sea el que disponga de ella, la ha empleado por la Tierra en otros tiempos, barriendo y arrastrando hacia aquí porciones de flora y fauna. El valle en que aterrizaste fue evidentemente creado por este poder.
Burke, hablando, paseaba a un lado y otro, ceñudo.
—Los saurios fueron colocados en dicho valle, bajo condiciones aproximadamente similares a su ambiente en la Tierra. Los romanos fueron también atraídos del mismo modo.

—Pero, ¿y el transcurso de los años terráqueos?
—Aquí no cuentan. Hasta nuestro metabolismo cambia. Rolf. Todo este planeta debe ser un gigantesco laboratorio para este ser... esta cosa que Kaya llama Rakan, el Poderoso. Los mismos afkanos, según nos dijo ella, fueron absorbidos a través del espacio hace más de cuatro mil años.
Incorporándose, recordó Talbot la intensidad fanática con la que hizo Lost Eban sus revelaciones.
—Los afkanos son los peligrosos. Quienquiera que sea este Rakan, es una entidad impersonal por ahora.
Pero los afkanos planean la conquista de la Tierra con la ayuda de Kaya.
Relucientes los ojos, opinó Burke:
—Una mujer fenomenal. Tan hermosa como una diosa y tan fría como un témpano.
Rabiosamente expuso Talbot:
—Tiene que haber un medio para salir de aquí. Si pudiésemos salir...
—¿Y qué haríamos? ¿Dónde iríamos?
—A la caverna de Rakan. Donde están los rombos dispuestos para la conquista de la Tierra.

## CAPÍTULO X

Los muros de Afka sobresalían lentamente de la fantasmal llanura azul.
El pueblo iba adquiriendo forma, extendiéndose a modo de un círculo. No había carreteras hacia Afka. Surgía como un cuadro irreal, una ciudad muerta bajo un cielo azul.
Cuanto más se aproximaban los tres americanos, tanto más presentía Laura lo inhóspito del lugar.
La atmósfera poseía una cualidad inerte, seca, cerrada. En la larga caminata desde el arroyo donde se habían separado de Cassius y sus romanos, no habían percibido la menor brisa, el menor soplo de aire.
Hacía ya rato que Risko Gaynor había tirado su americana y su

corbata de arabescos amarillos. La funda sobaquera le molestaba, pero soportaba su peso con paciencia.
Clint Malkin no soltaba su metralleta, pasándosela constantemente de una a otra mano. Seguía llevando su traje completo, y bien anudada su corbata de color vinoso, como si con ello quisiera rechazar la presencia del ambiente hostil.
El ancho portalón de madera atrajo repentinamente su atención.
Los altos batientes iban abriéndose suave y silenciosamente.
Clint Malkin se detuvo a unos doce pasos del círculo de luz azul que circundaba el pueblo.
Risko y Laura le imitaron, contemplando a la mujer que iba apareciendo al irse abriendo el portalón.
Silbó admirado Risko antes de comentar:
—Arrea ... Vaya hembra. Está imponente.
Los labios de Kaya no se movieron, pero su voz envió un aviso a sus oídos.
—Fuisteis necios al venir a Afka. Kaya no os necesita para nada.
Terciada la metralleta, replicó Malkin:
—Me tiene sin cuidado que nos necesiten o no. Quizá tú eres la jefa del cotarro y tienes mucha clase, lo admito, pero vamos a entrar, ¿te enteras? Queremos volver a los Estados Unidos. Y no voy a tragarme más cuentos chinos.
Le atajó Kaya:
—¡No seas estúpido! Vete antes que sea demasiado tarde. ¡Vete!
—A mí no me asustas tú. Vamos a entrar y no intentes cerrar estas puertas.
Hizo Malkin un semiarco amenazador con su metralleta.
—Esta regadera escupe muerte, ¿sabes?
Empezó a avanzar hacia el círculo de luz. Risko y Laura le seguían. Laura intuyó que había algo letal en aquella franja luminosa.
Dijo inquieta:
—Clint... Espera.
Sin escucharla, avanzó Malkin.

Kaya no persistió en pretender detenerle. Aparecía erguida enmarcada en el umbral.
Un blanco fácil para Clint Malkin.
En el muro flanqueando la puerta, dos centinelas nubios permanecían impasibles cruzados los brazos sobre el pecho. Revelaban una gran confianza en su propia seguridad.
Clint Malkin se detuvo a tres pasos del «foso» de luz. Cierta sensación de peligro le alertaba los instintos.
Risko se apartó del lado de Laura. Gruñó amenazador:
—Yo me cuido de la rubia, Clint. Tú cubre a estos guardias del paredón.
Seguía hablando al penetrar en el círculo de luz azul. No hubo ruido alguno excepto el sordo aglutinamiento de la automática de Risko al aplastarse en el suelo junto a la súbitamente aplanada e irreconocible cosa que había sido poco antes Risko Gaynor, pandillero de tercera clase.
Clint Malkin dejó escapar un grito ronco.
El miedo hincó sus zarpas en sus tensos nervios y apoyando la culata de su metralleta en la cadera roció plomo hacia la muchacha rubia desafiante.
Menos de veinticinco metros separaban a Malkin de Kaya.
Pero las balas parecieron consumirse a sí mismas en aquel corto recorrido.
Fueron a caer blandamente ante los pies de Kaya. Dijo ella burlona:
—¡Estúpido! No puedes causar daño alguno a Kaya, ayudante de Rakan, el Poderoso. Vete ahora mismo, antes que sea demasiado tarde.
Le volvió la espalda.
Las puertas empezaron a cerrarse.
En la luz azul del cerco protector, el montón de pulpa que había sido Risko Gaynor relucía como una espantosa advertencia.

* * *

Rolf Talbot oyó el crepitar de la metralleta de Clint Malkin. El traqueteo se filtró a través de las altas ranura-ventanas.

Aquel ruido, de costumbre poco grato, le dio esperanza.
El propio Langdon dejó de ser un abatido sujeto absorto en su abulia para levantarse y acudir a escuchar.
Los tres aguardaban esperanzados, hasta que la metralleta calló y no hubo más sonidos revelando presencia terrícola.
Gradualmente la expectación cesó. Burke forzó una sonrisa agria.
—Nunca creí que el estampido de un arma de fuego me alegraría. Por unos instantes me sentí como si estuviera en Chicago.
Manifestó Talbot:
—Acogería con agrado hasta el estampido de un escape de gas de moto o coche. Cualquier cosa, excepto esta quietud enervante. Nada parece moverse en este planeta, ni siquiera un soplo de aire.
Intervino Langdon:
—Sus amigos nunca pasarán a través de la zona de gravedad.
—¿Zona de gravedad? ¿Se refiere al cerco de luz?
—¿No pensaste en ello? —preguntó Burke.
Denegó Talbot. El físico explicó:
—Nos lo aclaró Kaya el día que nos trajo a Afka.
El palio en el cielo es producido en la caverna de Rakan. Es un anulador de la gravedad. Este planeta tiene mil veces la masa de la Tierra. Su gravedad nos reduciría a pulpa. Pero la capa de vapor estabiliza el empuje de la gravedad para que corresponda a la de la Tierra. Pero donde el vapor o neblina es cortado y la luz de los dobles soles brilla a través, la fuerza total de la gravedad de este planeta ejerce su acción. El círculo de luz es verdaderamente un foso protector. Un foso que ningún ser humano procedente de la Tierra puede atravesar.
—Entonces no hay modo de salir de este pueblo aunque lográsemos escapar de esta habitación.
—Solamente Kaya tiene el poder de cortar la zona de gravedad. Los propios afkanos están prisioneros aquí al antojo de ella. La temen. La consideran como la encarnación de su diosa, Osiris, que algún día les liberará de esta tierra extraña a ellos. Pero la temen.

—Entonces ella es nuestra única esperanza. De un modo u otro tenemos que conseguir que ella abra la zona de gravedad.
Interrumpió Langdon:
—¿Y entonces qué haremos, Talbot? ¿Qué?
—Ya encontraremos la caverna de Rakan. Lost Eban me dijo que los rombos de transportación están listos para llevar a los afkanos a la Tierra. Cuando los encontremos...
Vio a Burke hacer un ademán de escepticismo y agregó colérico:
—¡Por lo menos tendremos así una oportunidad de luchar!
—Eres joven y por tanto, impetuoso, Rolf. Pero has de comprender que nos encontramos en un callejón sin salida. Hablas de hallar la caverna de Rakan. Pero ni siquiera sabemos lo que es ni qué aspecto tiene Rakan. ¿Es humano, en el sentido antropológico? ¿Es alguna forma de vida alienígena e incomprensible para quién nosotros somos como hormigas?
Señaló Langdon a Burke.
—Hal ha concretado que fuimos traídos aquí en los rombos como ejemplares para ser estudiados, del mismo modo que nuestros zoólogos y naturalistas estudian las plantas y los animales. Este planeta, o lo que hemos visto de su estructura, viene a ser un extenso laboratorio. Para este «ser», ya que no hay otra palabra para designar al desconocido Rakan, no somos más que cobayas. ¿Cómo podemos esperar...?
Alzó la mano para silenciar la impaciente interrupción que se disponía a emitir Talbot.
—Déjame acabar, Rolf. Soy viejo y mi mente no es tan elástica como la tuya. Si no regreso a la Tierra, poco se ha perdido. Pero debo repetirte, ¿qué podemos hacer? ¿Qué puede hacer una rata de laboratorio, presa en su jaula, sino esperar a ser inyectada y estudiada al capricho del científico que la enjauló?
Objetó Talbot:
—Olvida usted que hay una mujer llamada Kaya. Es terrestre, Langdon. Egipcia, o sumeria... o lo fue. Y tiene planes para volver a la Tierra. Algo la retiene de momento. Rakan sigue aquí. Pero se están preparando para regresar a la Tierra. Y

cuando se vayan, ¡haré cuanto pueda para irme con ellos!
Langdon alzó los brazos en gesto de abandono y fue a sentarse. Burke denegaba en silencio.
Rolf Talbot empezó de nuevo a pasear nerviosamente.
No había modo de contar el tiempo. El reloj pulsera de Talbot no funcionaba.
Les trajeron comida. En amplia fuente de cobre y consistía principalmente de fruta. Unos vasos de cobre contenían un blanco líquido nebuloso que tenía gusto de jugo de coco fermentado.
Siguió Talbot en sus paseos. No podía librarse del pensamiento obsesivo de que Laura Bendix estaba por alguna parte de aquella hostil llanura más allá de los muros de Afka.
La puerta se abrió y un grupo de cuatro egipcios entró. El que iba al frente señaló con su lanza a Talbot y luego la puerta.
Burke se dispuso a seguir a Talbot, pero otro de los guardianes se interpuso, cruzando su lanza ante el físico.
Comentó Burke:
—Parece que sólo quieren verte a ti, Rolf.
Salió Talbot. La escolta le rodeó conduciéndole por un largo pasadizo. Se detuvieron ante una ancha puerta plaqueada en oro. Unos sirvientes provistos de baterías a la espalda, abrieron dejándoles entrar.
Pensó Talbot que todo parecía indicar que aquel era el santuario de Kaya.
El blanco suelo de mármol de la cámara era lo único visible. El resto de la estancia estaba oculto por un tenue velo de vapor elevándose de una ancha piscina central.
La atmósfera tenía un denso aroma de incienso y mirra.
La escolta condujo a Talbot hasta el borde de la piscina y se retiró. Talbot miró hacia abajo. Hacia Kaya.
Su cuerpo parecía una fría ondulación en el agua jabonosa. Estaba ella tendida de espaldas, flotando, semicerrados los ojos.
Talbot notó una pulsación en sus sienes.
La calidez vaporosa y el aroma de incienso tenían una cualidad sensual que le producía cierto vértigo y tuvo que luchar contra

su efecto afrodisíaco.
Aguardó en silencio.
Kaya abrió los ojos. Acariciantes y plenamente femeninos, ya no contenían frialdad ni arrogancia.
Se puso en pie.
—Rolf —y rió suavemente—. Me agrada tu nombre, Rolf, y me agradas tú. No me temes, pero tratas de resistir. Intentas ocultar tus pensamientos y posees una voluntad recia. Por ello me gustas aún más.
—¿Por qué me hiciste venir aquí?
—Para decirte que me gustas y también para informarte que te llevaré conmigo a la Tierra.
—¿Y Laura Bendix?
La dulzura desapareció de los ojos de Kaya.
—¿La muchacha del cabello negro?
—Sí.
—La obligué a irse. Está con el hombre del rostro estrecho, cuya arma oíste estallar. El gordo penetró en la zona de muerte. Les dije que se fueran o sufrirían daño irreparable, pero fueron estúpidos y no quisieron escucharme.
Volvió a ser acariciante su entonación:
—Rolf, he estado muy sola aquí. No me he entregado a ningún hombre. Hasta que tú llegaste, no sentía deseo. Ahora...
Le contempló insinuante. Talbot permaneció silencioso.
Los labios femeninos hicieron un mohín de fastidio.
—Estás pensando en la muchacha del negro cabello, Rolf. ¡Necio! ¿La eliges a ella en vez de a mí?
—No hago ninguna elección. Eres bonita, Kaya. Pero en estos momentos solamente pienso que fuimos traídos aquí contra nuestra voluntad. Quiero volver a la Tierra, y quiero que Laura venga conmigo, porque es por culpa mía que ella está aquí.
Fríamente aseguró Kaya:
—Te llevaré a la Tierra. Ven conmigo y no solamente me tendrás a mí, sino que volverás a tu Tierra.
Denegó él.
—Vendrás, Rolf, vendrás. O permanecerás para siempre prisionero en este poco hospitalario planeta Rog.

Le volvió la espalda, apartándose de él.
La guardia apareció rodeando a Talbot y conduciéndole al exterior de la cámara.

## CAPÍTULO XI

La guardia egipcia caminaba en estólido silencio flanqueando a Talbot hacia la estancia donde estaban prisioneros Burke y Langdon.
Una indominable impaciencia iba apoderándose de Talbot.
Los dos guardias negros de la puerta se pusieron firmes al aproximarse la escolta egipcia flanqueando a Talbot. La escolta dio media vuelta alejándose.
El guardián nubio que estaba a la derecha de la puerta apoyó la contera de su lanza en el suelo y asió la manija de la pesada puerta que fue abriéndose lentamente.
Talbot avanzó como si fuese a entrar. Pasaba junto al guardián cuando se revolvió empuñando el asta de la lanza y arrancándola de la mano del negro.
El nubio, sorprendido, se dispuso a atacar, avanzando las manos.
Talbot empleó la lanza a modo de mazo. El extremo de hierro restalló contra el cráneo del nubio proyectándole tambaleándose al interior de la habitación.
El otro guardián bajó su lanza dirigiéndola al pecho de Talbot, que, con el hasta de su lanza, apartó en golpe seco, la punta férrea, y al ladearse el nubio a efectos del golpe, en repercusión, hincó Talbot el hierro en su costado.
El otro estaba arrodillado, apoyada la cara en el suelo, privado de sentido.
Apremió Talbot:
—¡Vamos! ¡Salgamos de aquí!
Burke y Langdon le siguieron. Talbot se detuvo para arrastrar al muerto al interior. El otro iba recuperándose.
Talbot asestó un lanzazo lateral, repitiéndolo en sentido contrario. El asta se rompió al segundo golpe contra el cráneo

del nubio, que permaneció por completo inmóvil.

Al salir, conservaba Talbot en la diestra el trozo de lanza. Le confortaba empuñar aquella arma rudimentaria pero contundente.

Gesticuló hacia un punto del largo corredor: —Probaremos suerte por allí. Forzosamente tiene que existir una salida.

Los otros dos se limitaron a asentir. Ya no les quedaba más recurso que seguirle.

Tras el recodo de pasillos, un pasadizo conducía a un callejón lateral. No había nadie a la vista.

La «noche azul» parecía restringir todo movimiento en el pueblo de Afka.

Cuando estaban a mitad de camino de la gran avenida, las notas graves y sonoras de un gran gong vibraron.

La fuga había sido ya descubierta.

Avanzaron hacia la puerta principal, caminando por los espacios más oscuros, donde el matiz azul era casi negro.

Varias veces se adhirieron a la pared mientras pasaba corriendo un pelotón de lanceros egipcios.

El ruidoso gong seguía emitiendo sus vibraciones de alarma a través del pueblo adormilado.

Por fin llegaron a la puerta principal. Agazapados en las sombras de un edificio bajo y cuadrado, observaban los cuarenta o cincuenta pasos de espacio abierto entre ellos y el muro.

Guardias nubios, enhiestas sus lanzas, patrullaban en lo alto de los muros. Los batientes estaban cerrados.

Langdon temblaba, casi exhausto. Apoyó la trémula mano en el hombro de Talbot.

—Es inútil. Ya no podemos ir más lejos, Rolf. Burke murmuró en voz baja, excitado: —¡Mira! ¡Kaya!

El giro-coche acudía por la avenida destellando su cabina encristalada en la noche azul.

Se detuvo a diez pasos del lugar donde Talbot y sus compañeros se agazapaban.

La dorada cabeza de Kaya parecía brillar con luz etérea dentro del vehículo.

Un medio de escapar del pueblo se le ocurrió súbitamente a Talbot. Veía ahora una posibilidad de franquear aquella puerta tan custodiada.
Susurró:
—Esperen a mi señal y entonces síganme. Cuando eche a correr, galopen como gamos. Creo que podemos escapar.
Los pesados batientes iban abanicando hacia el interior, mientras Kaya esperaba.
Más allá relucía el cerco de luz azul, la zona de gravedad.
La cabeza de Kaya se inclinó mientras pulsaba una palanca en su cuadro de mandos. Un instante después apareció una brecha despejada en el anillo de luz.
El giro-coche se deslizó por el amplío umbral.
—¡Ahora! —conminó Talbot.
Corrió velozmente seguido por Burke y Langdon. Las puertas empezaban a cerrarse. El giro-coche se deslizaba rápidamente por la llanura, y pronto se convirtió en una diminuta mancha de la noche.
Uno de los guardias en las atalayas emitió un repentino gruñido de sorpresa. Las tres siluetas corriendo parecían materializarse directamente bajo sus pies.
Por un momento contempló aquella silenciosa y mortífera carrera contra la reaparición de la zona de gravedad.
Echó atrás el brazo en alto y arrojó su lanza. Langdon, a retaguardia de sus dos compañeros, sintió el lacerante impacto de la lanza entrando en su espalda.
El choque le proyectó tambaleándose hacia adelante. Gritó agudamente. Talbot se volvió.
Langdon estaba en el suelo, tratando de arrastrarse.
El asta de la pesada lanza sobresalía de su espalda.
Burke sujetó a Talbot que intentaba ir en ayuda de Langdon.
—¡No, Rolf! Ya es demasiado tarde.
La luz azul brotó antes que terminase de hablar.
El anciano astrónomo se hallaba plenamente en el centro de la zona de gravedad Rog.
En un segundo se transformó de una figura agonizante arrastrándose en una informe y palpitante masa de carne

triturada.
El giro-coche se había esfumado en la distancia. En el muro del pueblo, los guardianes gesticulaban señalando hacia los dos terrícolas.
Pero ya estaban fuera de toda posible persecución y tan efectivamente escudados contra las armas enemigas por el cerco azul como si una sólida coraza blindada se hubiese interpuesto.
Miró Talbot a su compañero.
El rostro de Burke ostentaba lívidas crispaciones. Dijo:
—Langdon no tenía la menor oportunidad de salvarse. Estaba aplastado ya por el lanzazo.
Se alejaron apresuradamente de Afka. No tenían un punto concreto de destino, pero Talbot siguió la dirección hacia el valle de los saurios.
Llegaron a la hondonada donde Cassius y su legión habían permanecido durante el período del Largo Sueño.
Vieron el cadáver del romano acribillado por Clint Malkin.
No era preciso un esfuerzo imaginativo para reconstruir lo sucedido. Clint y Risko habían peleado con los romanos llevándose a Laura con ellos.
Recordó entonces Talbot que Kaya había mencionado al «gordo» fulminado por la zona de gravedad Rog. Por lo tanto, Laura había quedado sola con el gangster de rostro estrecho y cicatrizado.
Burke contemplaba el cielo grisazul. Pensando en voz alta dijo Talbot:
—Hemos escapado del pueblo. Pero, ¿ahora dónde estamos? ¿Dónde estará la caverna de Rakan?
—Todo es inútil, Rolf. Somos como hormigas que han salido de su hoyo, pero que se han extraviado. Nunca volveremos a la Tierra.
Talbot se inclinó sobre el romano muerto desenfundándole la espada. Sopesó el arma de ancha hoja, escrutando el lóbrego horizonte.
Para Burke, que le observaba, Talbot resultaba una extraña figura, ajena totalmente al profesor calmoso e impecable.

Veía un hombre primitivo, empuñando una espada romana. Colgando en jirones la blanca camisa de su torso musculoso. Despeinado, colgante un mechón sobre la fruncida frente.
Aparecía cansado y sombrío, pero había algo indómito en él que suscitó en Burke una chispa de ánimo.
Dijo:
—Cualquier arma es mejor que ninguna, Rolf.
—Ya sabía yo que pronto recobrarías tu coraje, Hal.
—Así sea. Y, ¿ahora, qué?
—Tenemos que encontrar a los romanos. Ellos saben dónde está la caverna de Rakan.

## CAPÍTULO XII

Laura Bendix fue resbalando hasta quedar sentada contra un pequeño saliente de tierra.
Habían caminado sin cesar desde que abandonaron la vecindad de Afka y Laura sentíase al borde del agotamiento.
Contemplaba, desesperada, el desértico paraje. Íntimamente crecía en ella el terror. Terror de lo desconocido y de Clint Malkin.
El flaco pistolero se hallaba en pie al borde de una de las numerosas grietas que cuarteaban el llano.
Depositó en el suelo su metralleta. Su abierta americana mostraba la automática en su funda sobaquera.
Sentía un indefinible temor estrujándole las fibras nerviosas. Toda su vida estuvo envuelto en un mundo de violencia, pero era un mundo que podía comprender.
En cambio en aquel maldito lugar nada se movía. Todo era silencioso y tétrico en aquella lúgubre tierra azulada.
A lo lejos se alzaba una columna de humo. Podía estar a diez kilómetros o a cien. Las distancias en aquel terreno eran engañosas.
Volviéndose miró a la muchacha desmadejada en el suelo.
Recogiendo su metralleta se dirigió hacia Laura. Dijo:
—Según parece somos los únicos supervivientes. Será

cuestión de que vayas pensando en ser cariñosa conmigo.
Levantándose empezó ella a retroceder. Rió roncamente Malkin:
—Ya puedes echar a correr, guapa. Por aquí sobra sitio.
Se detuvo Laura. Estaba demasiado fatigada para correr. Hizo un ademán suplicante.
—No compliquemos más las cosas. No somos los únicos supervivientes. Piensa en Rolf.
—¿El profesor? Te abandonó, ¿no? Quizá esté en aquel pueblo de mala muerte. Y si está allá, no se preocupa por ti.
Avanzó un paso, y Laura retrocedió otro.
—Por favor, Clint. Quieres volver a nuestra Tierra, ¿no es así? Quieres escapar de esta pesadilla, ¿verdad?
Frunció Malkin las cejas.
—Claro, pero ya empiezo a tener mis dudas. Parece ser que el profesor tenía razón. Estamos un rato largo lejos de los Estados Unidos.
—Los romanos han estado aquí bastante tiempo.
Quizá ellos conozcan un modo de regresar.
—¡Olvida a estos payasos!
Malkin se aproximó más a ella.
—Solamente quedamos tú y yo, chica. Será mejor que te hagas a la idea de que te conviene estar de buenas conmigo.
Gritó ella:
—¡Mira! ¡Alguien viene!
—El truco es ya muy gastado, chica.
—¡Algo se mueve allá! ¡Mira, hombre!
La expresión del rostro femenino le convenció. Girando sobre sus tacones trazó un semiarco con su metralleta.
El giro-coche era solamente una mancha en la infinita llanura. Pero se desplazaba velozmente. Parecía dirigirse hacia la columna de humo.
Era lo único movible que Clint Malkin había visto desde que dejaron atrás el poblado de Afka.
Laura fue retrocediendo poco a poco y dando media vuelta empezó a correr. Histéricamente. Venciendo el terror a su fatiga.

Malkin giró gritando:
—¡Hey, hey!
Laura siguió corriendo.
Malkin echó un vistazo al vehículo deslizante que se alejaba. Decidió entonces perseguir a Laura.
Corrían a través de la llanura azulada, sin dirección, fija, bajo un cielo deprimente y desconocido.
Ninguno de los dos vio la esferita de cristal que apareció flotando por la grieta paralela a ellos.
La bola se detuvo a un par de palmos sobre el borde de la fisura. Colgaba allí como si escuchase, palpitantes las luces multicolores en su interior.
La respiración de Malkin iba haciéndose fragorosa.
Le dolían los costillares por el esfuerzo de sus pulmones en aspirar aire.
Laura tropezó. Al caer estaba demasiado agotada para poder ponerse en pie inmediatamente.
Al llegar junto a ella masculló Malkin jadeante:
—Debería darte una paliza para enseñarte a...
Se calló asombrado.
Veía la bola de cristal acudiendo hacia ellos.
Instintivamente giró el cañón de su metralleta y disparó vaciando el resto de su cargador.
La bola se sacudió y botó a impulsos del golpeteo de las balas.
Tintineaba como una campanilla de cristal, pero no estalló. Fue describiendo oscilaciones irregulares como si algo en su interior se hubiese descompuesto.
Luego, como una burbuja de jabón iridiscente, emitió un ruido similar al de un taponazo y desapareció.
Laura logró ponerse en pie, recordando lo que sucedió estando con Talbot en el valle de los saurios.
Gritó: —¡Corre, Clint!
La estría apareció en el suelo al acudir la misteriosa fuerza arrasadora. Producía un seco ruido crujiente, moviéndose hacia ellos, invisible.
Dilató Malkin los ojos, empavorecido.
Laura le cogió por un brazo apartándole con fuerza. Luego,

aterrorizada, empezó a correr.
La fuerza crepitaba hacia el lugar donde poco antes estuvo Malkin, trazando un surco en la tierra a medida que avanzaba.
Invadido por el pánico, arrojó Malkin la metralleta inservible y corrió tras Laura.
La fuerza crujió a través del sitio donde había estado Malkin, abriendo una rápida zanja de unos veinte centímetros de profundidad.
Trazó un ancho círculo, regresó y empezó a buscarles, ciega y metódicamente.

## CAPÍTULO XIII

Durante casi quinientos metros, Laura Bendix fue delante de Malkin. Corriendo, tropezando, braceando, hasta finalmente tambalearse deteniéndose cuando el último resto de su fuerza inducida por el terror se agotó.
Miró atrás.
Clint Malkin acudía bamboleándose como un hombre ebrio, gritando algo que ella no podía entender.
Recogió Laura una piedra, apretándola fuertemente en su puño.
Malkin llegó caminando entre resuellos los últimos metros.
Ignoró el gesto amenazador de Laura. Quizá ni se daba cuenta.
—¿Qué fue lo que pasó?
Sus ojos tenían una expresión de animal acorralado al mirar hacia atrás. El sudor perlaba su estrecho y siniestro semblante.
Roncamente repitió: —¿Qué fue aquello?
Laura sacudió la cabeza y lentamente bajó el puño crispado. No tenía respuesta sensata la pregunta de Malkin.
Amargamente se lamentó el gangster:
—Esto es una pura locura. Todo este puerco lugar es un manicomio.
Miró a lo alto, hacia aquel cielo plomizo, desconocido.
—¿Dónde estamos, maldita sea?
Era un gemido desesperado y no aguardaba respuesta.
Tenía la boca muy reseca, pero no sentía sed. Ni hambre.

Parecía que hacía siglos desde que había comido y bebido algo normal.
Sacando su pañuelo fue secándose el sudoroso rostro.
La llanura parecía extenderse interminablemente en todas las direcciones. Arida, desnuda, hostil.
Su voz casi fue un quejido lastimero:
—¿Es que no hay árboles en este endemoniado lugar? Encogiendo los hombros, dijo Laura:
—Tal vez en algún sitio más allá.
Malkin se volvió hacia ella, con expresión temerosa en la mirada.
—Hemos de permanecer unidos.
Laura retrocedió, alzando el puño crispado. Clint Malkin denegó:
—No voy a molestarte más, palabra. Nada más quiero que no huyas. No quiero quedarme solo... aquí, en este infierno.
Laura bajó el puño y dejó que la piedra resbalase de sus dedos. Le observó fijamente, no acabando de confiar en él pero Malkin escrutaba en la distancia, subyugado, acobardado por todo aquello que no podía entender.
—¿Qué vamos a hacer, chica?
—No podemos quedamos aquí. Aparecerán más de estas bolas de cristal con sus luces, buscándonos. Los romanos las llaman «Los ojos y jinetes de Rakan». Vámonos, Clint.
—Tú mandas, preciosa. Corrigió ella fríamente:
—Laura es mi nombre. Sin calificativos de ninguna clase.
Asintió él sumisamente.
—De acuerdo. Tú mandas, Laura.
Fueron caminando sin dirección fija por la extensa llanura agrietada. En diagonal, alejándose de la columna de humo que les hacía presentir un peligro.
Caminaban sin esperanza, dos diminutos seres extraviados bajo aquel cielo amenazador.
La mente de Laura estaba como entumecida. Pensó de nuevo en Rolf Talbot. Y la rápida evocación de la muchacha de cabello dorado, erguida tras el abierto umbral de Afka, le produjo una sensación de celos.

Kaya. ¿Estaría Rolf en aquellos momentos con ella? Los dedos de Malkin, asiéndola fuertemente del brazo, le devolvieron a la realidad.
Frente a ellos, elevándose en la llanura, se siluetaba un gran arco de piedra. Macizo, dominante, misterioso.
Era todo lo que quedaba en pie de lo que fue un enorme edificio. En derredor yacían columnas rotas y grandes bloques de piedra.
Algo parecía alentar entre aquellos antiguos bloques pétreos. Un soplo de aire susurraba a través de la arcada. Sin embargo, más allá nada se movía.
Veíase solamente un hondo valle vacío tan árido y lóbrego como la llanura que acababan de cruzar.
Dando un paso atrás, dijo Malkin:
—Salgamos pronto de aquí.
Laura no se movió.
La brisa rumoreaba por entre las rotas columnas.
A través de la arcada una voz susurró:
—Laura... Laura Bendix.
Respingó Laura, sobresaltada. ¿Sufría alucinaciones auditivas? Se volvió para interrogar a Mallan.
—¿Oíste?
Mallan se relamió los resecos labios.
—¿Oír... qué?
—Alguien llamándome. Allá.
Señaló ella el arco de piedra.
Mallan escrutó las ruinas, tensas las facciones. Más allá del arco, sólo veía el árido y desierto valle. Nada se movía.
—Laura... Clint...
La voz era una llamada mezclándose a la brisa. Mallan se puso rígido, palidísimo de pronto el rostro crispado.
Exclamó ella:
—¡Lo oíste tú también! Hay alguien allá. Alguien que nos conoce.
Sacudía Malkin la cabeza en nerviosas negativas.
—No. No. Es el viento...
—Voy a averiguarlo. Tal vez sea Rolf.

Empezó a correr hacia la arcada maciza que recordaba restos de templete druida.
Desde el valle tras el arco la voz suspiró:
—Es Rolf... Rolf Talbot. Malkin desenfundó su pistola.
Estaba asustado, total e incomprensiblemente aterrorizado, como nunca en su azarosa existencia.
Gritó:
—¡No vayas, Laura! ¡No quiero quedarme aquí solo! Pero Laura seguía corriendo pasando junto a las columnas caídas, hacía el valle más allá del arco de piedra.
—¡Rolf! Por favor, Rolf. Clint Malkin dísparó:
No pretendía matar a Laura, sino únicamente asustarla, obligándola a detenerse.
Sus balazos rebotaron en la arcada destruida, zumbando coléricamente por el valle desierto.
Laura se volvió para mirar asustada a Malkin.
El pistolero corría hacia ella, agitando su arma.
—¡Regresa aquí, muchacha!
Algo se movió junto a las piedras antiguas de la enorme arcada. Un trazo borroso.
—¡Aprisa, aprisa!
Y la voz susurró invitante:
Malkin se detuvo.
—¡Vuelve, Laura!
Pero ella ya estaba de nuevo corriendo por entre las piedras sillares penetrando en el valle.
Malkin disparó de nuevo. Esta vez intentando herirla, para detenerla. La vio tambalearse levemente.
Después atravesaba el umbral de la arcada.
Clint Malkin boquiabierto, pestañeó en el colmo del estupor.
Laura estaba corriendo por la ladera en suave pendiente, pero su cuerpo iba afinándose, haciéndose transparente.
A través de ella podía ver Malkin el valle. Ella seguía corriendo.
Como un espectro de mujer esfumándose en el horizonte azulado.
Luego desapareció, y quedaron solamente las ruinas y el valle desierto.

De nuevo aquella extraña brisa susurró por entre las rotas columnas y los grandes bloques de piedra.
La suave voz silbante, llamó:
—Clint... Ven, Clint.
Clint Malkin vació su «Luger» hacia la voz.
Los balazos chispeando en rebotes contra las piedras; Sin el menor efecto en aquella misteriosa e invitante voz.
—Clint, ven.
El pistolero dio media vuelta y corrió enloquecido alejándose de las antiguas y silenciosas ruinas.

## CAPÍTULO XIV

No había carreteras, ni sendas, ni siquiera el menor indicio de que nadie hubiese nunca transitado por aquella vasta y tétrica llanura.
El pueblo de Afka era ya una mota insignificante en el horizonte y finalmente desapareció.
Rolf Talbot y Hal Burke avanzaban dirigiéndose hacia la columna de humo que parecía cercana y, sin embargo, permanecía siempre a lo lejos.
Cansinamente preguntó Burke:
—¿Dónde vamos, Rolf?
Talbot pensaba en Laura constantemente. Burke pareció captar su obsesión.
—Existe una probabilidad sobre un millón de que la encontremos, Rolf.
—Es posible. Pero allá donde esté, la encontraré. Alargaba Talbot la zancada, como si fuera inmune al cansancio. Burke, más viejo y más corpulento, trataba de mantenerse al mismo ritmo de marcha.
Algo brillaba en el suelo azulado. Se aproximó Talbot.
La metralleta de Clint Malkin. La recogió Talbot, examinándola. El cargador estaba vacío. Pero el olor a cordita todavía persistía en la boca del cañón.
Miró Talbot en torno.

—Es el arma de Clint. Está por las cercanías... con Laura.
Burke señaló los surcos en la tierra en torno a ellos dos.
—Parecen rodadas. Pero, ¿qué vehículo... o animal?
—Es algo por completo distinto a cuanto conocemos Hal. Una fuerza similar a lo que Cassius llamaba «el viento de Satán».
Dejó caer la metralleta. Pensaba que quizá aquella fuerza diabólicamente incomprensible había aniquilado a Laura y a Clint.
Burke le llamaba señalando algo en el suelo.
El tacón de un zapato masculino había dejado su huella en un sector de tierra blanda.
—Tal vez lograron escapar —opinó Burke. Siguieron la pista de Clint durante unos cientos de metros. Luego, el suelo volvió a ser pétreo y perdieron el rastro.
Pasaron junto a una de las grietas hondas sin ver a Malkin. El pistolero apareció tambaleante. Se detuvo.
Sus ojos enrojecidos por el cansancio y el miedo siguieron a Talbot y a Burke hasta que, por fin, reconoció al más alto y más joven.
Chilló aliviado:
—¡Hey, Rolf!
Su ronco chillido hizo volverse a Talbot.
Malkin acudía corriendo, agitando su automática.
—Esperen... No se vayan.
Talbot tensó los músculos, acechando la pistola.
El gangster se enfrentó a Talbot, gimiendo:
—Caray, qué bueno resulta ver de nuevo a alguien humano y normal.
Talbot adelantó la zurda quitándole la pistola, sin que Malkin opusiera resistencia.
Dijo el pandillero:
—Me estoy volviendo loco. Este sitio, todo lo que pasa...
Comprobó Talbot que el cargador de la automática estaba vacío.
Preguntó:
—¿Dónde está Laura?
—Desapareció... Se transformó... ¡Maldita sea! No sé lo que

pasó.
—Procura serenarte, Clint, ¿Dónde está Laura? Hizo Malkin un ademán cansino.
—Por allá, pasadas las ruinas de piedra. Pasó a través del gran arco roquizo. Le grité que no se fuera.
Talbot experimentó una repentina alegría. Por lo menos, dentro de todas las calamidades pasadas, ella seguía con vida.
—Indícame por dónde se fue, Clint.
—Ni hablar... Yo no vuelvo allá.
—Bien... Quédate entonces aquí. Ya la encontraremos nosotros.
Se disponía a marcharse cuando recordó que empuñaba la «Luger».
—¿Tienes cargador de recambio, Clint?
Malkin hurgó bajo su otro sobaco y tendió a Talbot un cargador lleno. Tirando el vacío, encajó Talbot el nuevo cargador en la «Luger» y enfundó la pistola entre su piel y el cinto del pantalón.
Se alejó con Burke.
Tras un largo e indeciso intervalo, Malkin les siguió. —¡Esperen!
Al alcanzar a Talbot señaló a la derecha de la distante columna de humo.
—Es por allá.
Talbot alzó la vista. En el cielo, el verde era más perceptible ahora. Apresuró el paso.
Las ruinas druidas se erguían sobresaliendo de la llanura árida. El arco de piedra era como un interrogante contra el horizonte sombrío.
Señaló Malkin la arcada.
—Por ahí se fue ella.
Frunció Talbot el ceño. Más allá del arco solamente divisaba el suave declive de un valle.
Miró fijamente a Malkin que balbució nervioso.
—Pasó por aquel umbral, y de pronto se convirtió en algo así como un fantasma. Seguía ella corriendo cuando desapareció.
Algo susurraba por entre las antiguas ruinas.

Se estremeció Malkin. Y atragantándose, musitó:
—La voz. Oímos una voz.
Una tenue brisa alentó a través del arco. Un murmullo se elevó de algún lugar, sutil, persuasivo.
—Rolf, Rolf Talbot.
Preguntó Talbot esperanzado:
—¿Laura?
En valle tras el arco estaba desierto. Nada se movía. ¿Era Laura la que le llamaba?
No estaba seguro. Pero la voz era la de una mujer, y poseía una cualidad hipnótica difícil de resistir.
Se dirigió hacia el arco druida.
La voz volvió a surgir de entre las rotas columnas.
Tierna, invitante.
—Por favor, Rolf, aprisa. Estoy esperándote. Burke asió del brazo a Talbot.
—Aguarda, Rolf. No tenemos ni idea de lo que hay allá.
—Pero Laura está por allá. Tengo que ir. Tengo que saber lo que le sucedió.
Se desprendió. Fue alargando la zancada hacia la gran arcada pétrea.
Burke titubeó mirando a Malkin.
—¿Vienes?
Clint retrocedió meneando la cabeza negativamente. Burke fue tras Talbot que estaba ya pasando por entre los bloques de piedra.
Algo se removía entre aquellas ruinas. Algo susurraba, reía.
El vello de Burke se erizó en su nuca. El miedo resecó su garganta. Pero siguió tras Talbot.
Clint Malkin miró en derredor suyo. No podía resistir estar nuevamente a solas. Empezó a correr como un hombre ebrio, a quien el miedo diera alas, deseando reunirse con Talbot y Burke.
Talbot se detuvo ante el umbral formado por la arcada.
Desenfundando la «Luger» la mantuvo encañonando, quitado el seguro.
La voz murmuraba entre las ruinas. Le pareció sentir una

satinada mano femenina acariciando su mejilla ¿O era la brisa?
—Estoy esperándote, Rolf, esperándote... Aspiró Talbot a fondo y cruzó el umbral.
Sintió una frialdad repentina, como si hubiese entrado en una cámara frigorífica.
Y empezó a correr ladera abajo hacia el valle desértico.
Burke se detuvo a pocos pasos de la arcada. Talbot empezaba a esfumarse.
Su alta silueta seguía corriendo, pero el valle más allá de él, comenzaba a verse a través de su cuerpo.
Gritó desesperado Burke:
—¡Rolf!
Talbot no se detuvo.
Burke dio un paso vacilante hasta quedar bajo aquel arco antiguo. Notó el helor penetrando en su cuerpo, y comenzó a correr.
A unos diez metros tras de Burke, Clint Malkin le seguía.
Los tres hombres corrían sin ruido por el silencioso y desierto valle más allá de las ruinas.
Y, poco a poco, fueron desapareciendo.

## CAPÍTULO XV

Rolf Talbot no experimentó sensación alguna de cambio. Lo que cambiaba era el valle desierto.
Edificios fantasmales empezaban a elevarse, solidificándose. Se encontró en una ancha calle asfaltada, con hileras de coches aparcados.
Caía una menuda llovizna desde un cielo gris nuboso, mojándole el rostro. Se dirigió hacia la esquina.
Los edificios de concreto y ladrillo rojo le eran vagamente familiares. La gente se apresuraba por las calles, relucientes los impermeables y paraguas. Nadie le prestaba la menor atención.
Un coche acudía y saltó a un lado. El conductor no daba la menor muestra de haberle visto.
La radio de otro coche emitía noticias:

«Aviones israelitas bombardean un sector egipcio...» El automóvil pasó de largo.
Una voz que reconoció le interpelaba:
—¡Eh, Rolf!
Volviéndose, esperó a Burke y a Malkin. Este agitaba los brazos, y reía, llorosos los ojos.
—¡Ya estamos en casa! No sé cómo ni me importa.
Pero, ¡ya estamos en casa, caray!
Junto a la esquina, sobre un local, un rótulo fluorescente destellaba: COZY SNACK.
—Lo primero que voy a hacer es pillar una «curda» de gato salado.
—Espera un momento, Clint...
—No se preocupe por mí, profesor. Ya no le necesito para nada. Este es mi territorio, y aquí sí que conozco los caminos.
Entró precipitadamente en el bar. Comentó Talbot:
—Creo que estamos soñando despiertos, Hal. ¿Viste el coche que por un poco más me atropella? El conductor ni siquiera movió el volante ni me insultó.
Un grito de terror le interrumpió. Procedía del Cozy Snack y era la voz de Clint Malkin.
Talbot y Burke entraron en el local.
El interior del bar era como cualquier otro de su clase. Pequeño, tibio y discretamente iluminado. Tenía pocos clientes.
Clint Malkin se adosaba a la pared del fondo, lívido y tembloroso.
Aproximándose a Clint, Talbot vio al camarero pasando la gamuza por el mostrador, varios clientes hablando, y una muchacha tras una mesita, paladeaba aburrida un gin-fizz.
Nadie les miraba. Preguntó Talbot:
—¿Qué pasó, Clint?
Malkin se limitó a señalar en silencio al camarero.
Talbot fue al mostrador. Pidió elevando la voz:
—Un doble de whisky para mi amigo.
El barman siguió limpiando el mostrador. El individuo que bebía melancólicamente junto a Talbot, siguió contemplando su vaso tristemente.

Gritó Talbot:
—¡Oiga, usted!
Palmoteó el hombro del bebedor. Sus dedos no tocaron nada sólido. El bebedor siguió absorto en sus meditaciones.
Talbot retrocedió.
Una voz tierna, acariciante, susurró:
—Laura, Rolf.
Miró rápidamente en torno, pero los escasos clientes hablaban entre sí, y la muchacha de la mesita se perfilaba a toques de lápiz el maquillaje de sus párpados.
Lentamente se dirigió Talbot a la puerta, seguido por Burke y Malkin. En la calle, la llovizna persistía. Un autocar viró la esquina estrepitosamente.
Un coche último modelo acudía. Tras el volante vio Talbot a Laura. La llamó con toda la fuerza de sus pulmones.
—¡Laura!
Pero la muchacha no le oyó.
Talbot corrió por la calle, frenéticamente, llamándola.
El coche empezó a oscilar. Los edificios flanqueando la calle fueron inclinándose comenzando a fundirse. La piedra y los rojos ladrillos resbalaban como cera derretida.
La ciudad entera se derritió, desapareciendo, al igual que el cielo gris y la llovizna.
Ahora la calle estaba bordeada por palmeras y buganvillas. Y el sol brillaba. El sol terráqueo.
Una brisa salina soplaba lánguidamente.
Los tres hombres miraban fijamente los altos y blancos hoteles poblando las laderas dominando el mar azul.
Roncamente exclamó Malkin:
—¡Acapulco!
Asintió Talbot. Había estado años atrás con algunos colegas de estudios en aquel lugar maravilloso.
Burke le asió del brazo.
—¡Mira! ¡Aquella muchacha!
La vio venir corriendo, llamándole repetidamente.
Era ella, Laura. La reconoció por su vestido en jirones, por las sandalias que Cassius colocó en sus pies.

En aquel extraño e ilusorio mundo, ella por lo menos era real.
En derredor la ciudad empezó a fundirse. Los hoteles oscilaron. El sol fue palideciendo, ensombrecido por ráfagas de niebla azulada.
Sollozante, sonriente, Laura estaba entre sus brazos.
La besó. La había encontrado por fin. Y solamente ahora comprendía cuánto significaba ella para él.
La ciudad había desaparecido. Pero Laura permanecía entre sus brazos. Contra ellos soplaba un viento frío, helado.
Por encima de la cabeza de Laura, vio Talbot una tétrica llanura de la cual acudía un viento helado y leves copos de nieve.
Sintió el cuerpo de Laura temblar entre sus brazos. Desde algún lugar de aquella fría oscuridad la voz invitante llamó nuevamente:
—Rolf, Rolf...
Era como un suspiro mezclándose al viento. Era cálida, insinuante. Parecía prometer muchas delicias, satisfacciones, placer.
Pero en ella presentía Talbot un peligro. Era un hálito de muerte el que alentaba en aquella voz engañosa.
Burke y Malkin se agruparon junto a ellos dos. Malkin temblaba. Burke jadeó:
—Rolf. Ella quiere que vayas, sea quien sea ella. La voz susurraba:
—Rolf, ven.
Y la figura apareció a unos cien pasos. ¿Un fantasma? ¿Una mujer? El viento parecía silbar a través de ella. La figura hacía ademanes invitantes.
—Por aquí. Venid aquí.
Malkin se dispuso a ir hacia la extraña figura. Le retuvo Talbot. Señalaba un lugar opuesto.
A través de la cortina de nieve surgía el macizo arco druida. Era la puerta de escape de aquel mundo de pesadilla y alucinaciones.
Lucharon contra las ráfagas de viento helado. La nieve iba tapizando el suelo de blancura.
Laura vacilaba. Sus pies se entumecían. Apremió Talbot:

—¡Sigue caminando! ¡Hemos de seguir caminando! Tras ellos la voz llamaba.
—No, Rolf. Por aquí. Ven por aquí.
Se volvieron en contra de su voluntad. El espectro femenino resaltaba a través de la aullante tormenta de nieve, haciéndoles ademanes invitantes, llamándoles.
Tras ella se divisaba una soleada visión de palmeras y playa.
Malkin y Burke iniciaron la media vuelta. Talbot sacó la automática. Dijo ásperamente:
—No vais a ir. Es una trampa. Si la seguimos erraremos para siempre entre mundos ilusorios. Nos llamará y la seguiremos, sin nunca encontrar nada sólido, firme, permanente.
Burke asintió. Malkin contempló la pistola en la diestra de Talbot.
Dijo implorante:
—Quiero ir a casa. A casa, profesor.
—Allí te llevaré, Clint, pero no por este camino, no siguiendo la senda de sueños por la que quiere atraernos la voz.
Señaló con la pistola.
—El arco de piedra. Es nuestra única vía de escape. Le siguieron, tambaleándose, medio congelados, hacia la arcada maciza apenas visible a través de la creciente tormenta.
La voz tras ellos se hizo distante y fue diluyéndose. Por fin atravesaron el umbral penetrando en la llanura, en el árido mundo de Rog.
La ventisca aullante cesó, al igual que el frío punzante.
Dando tropezones por entre las antiguas columnas rotas fueron a reclinarse contra los bloques de piedra.
Inmediatamente una gran laxitud les invadió. Sobre ellos el cielo era de un azul verdoso. El Largo Sueño era dueño de la llanura.
Laura quedó dormida entre los brazos de Talbot. En torno a ellos fueron elevándose los ansiosos silbidos de los nativos.
De pronto todo fue quietud y se quedaron profundamente dormidos.

# CAPÍTULO XVI

Lost Eban estaba dormido en su amplio lecho circular. Dos de sus esposas permanecían en pie —a cada lado, inmovilizadas, los brazos tendidos.
Kaya tocó en el hombro a Eban, cuyos ojos se abrieron.
Impaciente preguntó Kaya:
—¿Dónde están los americanos?
—Escaparon. No sé cómo. Uno de ellos murió en el foso de salida.
—¿Cuál?
—No era el llamado Rolf. Era el más viejo de los tres. Mataron al centinela. Esperaron junto a la puerta y huyeron al salir tú. No pudimos perseguirles, ya que el cerco mortal volvió a cerrarse.
—Pronto será de día. Dejaré el campo de muerte abierto. Saldrás con tus hombres hacia la caverna de Rakan. Los rombos de transporte están ya preparados.
—¿Y Rolf?
—Le encontraré. Los ojos jinetes de Rakan sabrán encontrarlo. No hay lugar en Rog donde él pueda ocultarse sin que los ojos jinetes no lo descubran.
—Entonces, ¿pronto regresaremos a nuestro país? ¿Lo prometes, Kaya?
—Sí.
—He sido un prisionero aquí. Todos nosotros lo hemos sido, hasta tú misma, Kaya. Será bueno regresar a la Tierra, al sol caluroso, a la vegetación, al agua mansa de los ríos.
—Sí, Lost, será agradable volver. Allá seremos felices.
—Deseo ya caminar libremente como un hombre.
No enjaulado en un lugar hostil, incomprensible en todo.
—Conseguirás tu deseo. Ahora, duerme.
Retiró ella su mano y Lost Eban quedó dormido, sonriente.
Kaya fue a ocupar el mando de su vehículo que avanzó por la silenciosa y desierta avenida. Pulsó un mando y los portales se abrieron. Bajó una palanca y el cerco de gravedad mortal abrió una brecha.
La brecha en el «foso» siguió despejada mientras el giro-coche

se alejaba velozmente hacia la distante columna de humo.

* * *

La luz del día se esparció como un rocío dorado por el verde horizonte. Los silbidos de los eban empezaron a decrecer, hasta cesar.

La noción de las cosas volvió a Talbot. Veía a Laura en cuyos ojos alentaba ya una sonrisa.

Clint Mallan dormía boca abajo, reclinada la cabeza sobre sus brazos, cruzados. Hal Burke se removió, sentándose, para repetir varias veces:

—Vámonos de aquí.

Levantándose, Talbot fue a tocar en el hombro a Malkin.

—Arriba, Clint.

Dando media vuelta en el suelo y acodándose, masculló Malkin:

—Mejor estaba durmiendo. La verdad es que nunca saldremos de esta tierra de pesadilla.

—Pero no resolveremos nada quedándonos aquí parados. Cassius y sus legionarios están por algún sitio, y ellos saben dónde está la caverna de Rakan.

Intervino Laura:

—Dudo que Cassius quiera ayudamos. Clint mató a uno de sus soldados.

—De todos modos, probaremos suerte. Le hablaré.

Los romanos son nuestra única orientación.

Levantándose, gruñó Malkin:

—¿Y qué quiere que hagamos ahora, profesor?

—Seguiremos caminando aunque sea días y días hasta encontrar a los legionarios.

Los cuatro fueron avanzando lentamente por la tierra sin senderos. No había modo de medir el tiempo ni sabían en qué dirección iban.

No existían puntos cardinales en aquel planeta y el único punto de referencia era la columna de humo que se elevaba en el horizonte.

Descansaron en la base de una loma baja. Poco después

Talbot se levantó, diciendo:
—Voy a echar un vistazo desde lo alto de esta loma.
Tendré así una buena perspectiva de la comarca circundante.
El ascenso era gradual, pero cuando alcanzó la cima, Talbot estaba casi sin aliento.
Al otro lado de la loma se extendía por un igual la infinita extensión de llanura desértica.
Desesperado volvió la espalda al monótono paisaje.
Abajo, Laura, Burke y Malkin eran como muñecos, como hormigas atrapadas en una inmensa jaula sin barrotes visibles.
Hal Burke estaba en pie agitando los brazos, llamándole. La distancia era demasiado grande para que pudiera oírle, pero había una frenética urgencia en sus gestos.
Y, cuando Talbot empezaba a bajar, el aire al pie de la loma pareció distorsionarse como si una súbita ola de vapor se extendiera.
La distorsión visual hizo esfumarse a Laura, Burke y Malkin.
Laura Bendix estaba en pie cuando los ojos jinetes de Rakan acudieron como burbujas iridiscentes hacia ellos.
Les vio titubear como si las esferas de cristal fueran entes sensibles que se daban cuenta de pronto de la presencia de aquellos tres seres en la base de la loma.
Burke saltó en pie exclamando roncamente:
—¡Los ojos jinetes de Rakan! ¡Nos han encontrado! La fuerza misteriosa acudía crujiente. Barriéndoles en un instante. Tuvo Laura una breve sensación de intenso calor. Luego el vacío total, como si hubiese dejado de existir.
Al momento siguiente volvía en sí y el conocimiento de que se había trasladada se lo produjo el hecho de que la escena frente a ella había cambiado.
En vez de mirar hacia una llanura árida, estaba contemplando una extensa cámara suavemente iluminada por una enorme máquina en el centro. Y un ancho tubo que se erguía verticalmente desapareciendo a través del alto techo de la caverna.
Burke y Malkin estaban a su lado, en pie, como ella, sobre una platina de metal gris trenzado en malla. Tres metros sobre ellos

había una platina similar.
Ambas platinas formaban las rejillas de una gigantesca bobina.
Una pantalla central, similar a la de un televisor, reflejaba una vista panorámica de la base de la loma donde habían estado descansando momentos antes.
La escena iba en travelling a medida que las esferas de cristal flotaban erráticamente en su incesante patrulla.
Kaya se volvió para enfrentarse a los tres prisioneros.
—Rolf ¿Dónde está Rolf?
Burke y Marklin, abrumados, permanecían en silencio. Fulguraron los ojos de Laura. —¡Nunca le encontrarás!
Sonrió Kaya, segura de su poderío.
—Le encontraré y vendrá conmigo a la Tierra.
Hizo un ademán y dos guardianes nubios armados de lanzas, avanzaron.
Kaya ordenó a los prisioneros:
—Venid. Rakan desea veros.
Los terrícolas salieron de la platina. Flanqueados por la guardia impasible, fueron escoltados fuera de la máquina central que, por contraste, empequeñecía todo lo demás en aquella vasta caverna subterránea.
En una concavidad de la pared de piedra gris una llama de intenso fulgor rojo subía y bajaba como una fuente de luz.
Ocupaba un pequeño espacio en la caverna. Kaya se detuvo ante la llama.
Lentamente, sus brazos se alzaron en un simbolismo antiguo de adoración.
Su voz se hizo sumisa:
—Rakan, oh, poderoso Rakan, éstos son tus nuevos esclavos.

## CAPÍTULO XVII

La llama cabrilleó deslumbradora. Parecía vibrar, como una lengua incandescente.
Por fin, volviéndose dijo Kaya:
—Rakan ya os ha visto. Venid. Os llevaré con los otros.

La siguieron como fascinados. Atravesaron la caverna, dirigiéndose al muro del fondo donde se abrían hoyos como los alveolos de una colmena.
Entraron en uno de los hoyos, pasando a una caverna más pequeña donde una intrincada maquinaria estaba siendo atendida por docenas de individuos.
Kaya hizo un gesto y la guardia les dejó a solas en aquella caverna.
Laura contemplaba fijamente a uno de los operarios que se había vuelto para mirar a los recién llegados.
Era un hombre delgado, de aspecto señorial, y aunque hacía ya más de ocho años desde que se habían despedido, le reconoció de inmediato.
Corrió hacia él, sollozante.
Acudía también Burke asombrado. Exclamó: —¡James Bendix!
El profesor Bendix contemplaba atónito a su hija.
Tenía ella trece años cuando él abandonó Nueva York, y veía ahora una joven llamándole padre con expresión de intenso afecto.
Dijo incrédulo:
—Laura. Es imposible. Mi hija era una chiquilla...
—Lo era —intervino Burke tendiendo la diestra—.
Pero has estado ausente ocho años. Tu hija ha crecido, Jim.
—¡Ocho años! —murmuró Bendix—. Y parece que fue ayer. Laura..., ¿cómo llegaste hasta aquí?
Explicó ella su odisea, y Burke completó el relato.
—Recibimos tu aviso. Pero era demasiado fantástico para creerlo. Ignorábamos entonces qué era lo que calificaste de «ojos y jinetes satánicos». Hasta los mismos rombos. La policía creyó que era algún experimento publicitario. ¿Qué sucedió?
—No he salido de esta caverna desde el mismo día que llegamos. Golding y los tripulantes del yate fueron destruidos al poco tiempo de estar aquí. Me mantuvieron en vida porque le conviene a Kaya, que tiene proyectos de dominio.
—¿Rakan?
—Rakan es un ente impersonal, una encarnación flamígera de un espíritu maligno. Pero Kaya es terrestre, y quiere el poder

para su propia satisfacción personal. Quiere gobernar la Tierra como ahora gobierna el pueblo de Afka.
—¿De dónde procede Kaya?
—Rakan le concedió el don de la inmortalidad, pero el planeta Rog es demasiado estéril y extraño para ella. Ella es sabia y astuta, y en estas cámaras subterráneas los afkanos han estado construyendo armas que hacen que las que poseemos en la Tierra resulten por comparación tan primitivas y anticuadas como las de la Edad Media.
—¿Son numerosos los afkanos?
—Apenas un centenar, pero te aseguro que tienen los medios para conquistar un amplio segmento de la Tierra. Ya están preparados los rombos de transportación. Y Kaya espera únicamente para dar la orden de partida a que se aleje de este planeta Rakan
—Pero Rakan es solamente una llama.
—Por cuanto he podido deducir, ayudado por los propios comentarios de Kaya, Rakan es una entidad superior procedente de un sistema galáctico y que fue exiliado a este remoto planeta por alguna infracción de las reglas de su pueblo. Construyó aquí un laboratorio y empezó a coleccionar ejemplares de los sistemas estelares contiguos. La Tierra parecía interesarle especialmente. Con las primeras bobinas rudimentarias de succión aérea recogió porciones de fauna. Más tarde, a la sugerencia de Kaya, a la que emplea como medio de comunicación entre él y sus ejemplares, construyó los rombos-trampa.
—Pero..., hay seres de hace siglos...
—Todo cuanto explico ocurrió en tiempos muy remotos, según la medición usual en la Tierra, ya que sus primeras dragas en la Tierra atrajeron aquí a los gigantescos saurios. De vez en cuando atrae ejemplares terrestres. El término tiempo no tiene para Rakan el significado nuestro. Al parecer un intervalo de un millón de años no es más que unos pocos días nuestros para Rakan. Naturalmente, son deducciones mías.
Uno de los operarios miró hacia el umbral y anunció:
—Rakan se va. Lost Eban y sus hombres han llegado.

Se irguió Bendix:
—Este es el momento que ha estado esperando Kaya. Una vez se haya marchado Rakan, los afkanos invadirán la Tierra.
Indagó Burke:
—¿Y nosotros? ¿Qué planea hacer con nosotros?
—Nos abandonará aquí, exiliados en este planeta, a menos que logremos llegar a los rombos de transportación antes que los afkanos.

* * *

En la base de la loma, Rolf Talbot escrutaba con ansiedad la tétrica llanura. ¿La fuerza de distorsión había matado...? ¿O simplemente transportado a sus tres compañeros a un destino controlado por Kaya, o a un lugar elegido por el inexplicable poder llamado Rakan?
La cólera le hizo abandonar sus especulaciones. Tenía que buscar a Laura. En algún lugar de aquel planeta estaba la caverna de Rakan.
Empezó a caminar hacia Afka.
Era la única cosa moviente bajo aquel cielo grisáceo y amarillento. Solamente las bolsas formadas por las grietas y valles rompían la monotonía.
Pasaba junto a una hondonada cuando vio a los romanos.
Surgían de la ladera en posición de combate abriéndose en semiarco.
Llamó Talbot: —¡Cassius!
El centurión se adelantó al resto de sus legionarios y permaneció esperando, espada en mano.
Gruñó:
—Volvemos a vernos, americano.
Cogiendo la espada por la hoja presentó Talbot la empuñadura en gesto de paz.
—Te saludo con amistad, Cassius.
El veterano guerrero exploró la llanura con la mirada.
—¿Estás solo?
—Sí.

—¿Y el hombre flaco del corte en la cara? ¿Dónde está?
—Se lo llevó el viento satánico. No sé dónde.
Fue explicando Talbot lo que había sucedido. Una expresión admirativa destelló en los ojos del jefe romano.
—Eres un luchador. Eres el primer hombre que consiguió escapar del pueblo de Afka.
—Deseo ir a la caverna de Rakan. Sólo allá encontraremos la salida hacia la Tierra.
—¿A la Tierra? ¿Es que no estamos en ella? Intentó Talbot explicar:
—El viento satánico que te arrebató a ti y a tus legionarios de las Galias te transportó mucho más lejos de lo que supones. No estamos en la Tierra. Estamos en algún lugar entre las estrellas.
—¿Quieres decir que estamos muertos? —farfulló el centurión lúgubremente.
Suspiró Talbot. No podía hacerse comprender por aquel guerrero empleando términos de astronomía moderna. Lo hizo en lenguaje llano.
—Estamos en una tierra extraña, mucho más allá de las Columnas de Hércules, y solamente en la caverna de Rakan encontraremos el camino de regreso.
—¿La ruta de Roma?
Le era forzoso mantener en su ilusión de retorno al romano, y por ello replicó:
—Sí. En la caverna de Rakan está la ruta de Roma. El centurión se volvió hacia sus hombres:
—Legionarios. Hemos explorado cada valle, cada rincón de esta extraña tierra. Nunca hemos hallado el camino que conduce a nuestros hogares. Ahora este americano dice que la ruta de Roma se halla a través de la caverna de Rakan. Os doy el derecho de aceptar o denegar. Los que quieran seguir a este americano que den un paso al frente.
El medio centenar de legionarios dio un paso al frente.
El centurión se enfrentó a Talbot.
—De acuerdo. Te llevaremos a la caverna de Rakan. La columna de guerreros emprendió a paso ligero la marcha hacia

la columna de humo que dominaba la llanura.
Cassius Aurelius encontró la zanja honda que buscaba. Los bordes se alzaban apenas a dos metros de los cascos con penacho de sus soldados, pero les proporcionaban una cobertura efectiva.
Finalmente Cassius alzó la mano ordenando alto. Era evidente que ya había explorado el terreno con anterioridad, porque actuó sin titubeo.
En voz baja encomendó una misión a tres de sus legionarios que partieron, encorvados, armas en mano.
Cassius le susurró a Talbot:
—Van a eliminar la guardia afkana que custodia la entrada de la caverna.
En algún lugar más allá de la ladera, se oyó un gemido sofocado. No hubo más ruido.
Poco después, uno de los romanos en comando asomó para afirmar en silencio hacia Cassius. Limpiaba la hoja ensangrentada a través del vuelo de su túnica corta.
Los romanos se pusieron en marcha. Talbot junto a Cassius.
La boca de un túnel quebraba la simetría del terraplén, en cuyo centro una negra y ancha chimenea despedía una humareda densa.
Dos afkanos yacían muertos ante la boca del túnel.
Expuso Cassius:
—Esta es la entrada de la caverna de Rakan. De ahora en adelante obedecemos tus mandatos, americano.
Asintió Talbot, penetrando en el túnel que conducía al interior de la colina.
No necesitaban luz porque las paredes despedían un frío resplandor sonrosado. El túnel iba descendiendo gradualmente.
Había diversos ramales, pero Talbot se dirigía hacia el sitio en que se oía como una rítmica vibración.
En determinado punto el túnel se convirtió en un puente de luz rosa encima de un gran pantano negro.
Cassius masculló nerviosamente:
—Estas entrañas de tierra son el averno de Vulcano. Llegaron por fin al extremo del túnel. Se abría en una inmensa caverna

dominada por la colosal máquina de gravedad. En la pared al fondo, sobre las bobinas de succión de éter, colgaba una pantalla en la que se reflejaba Afka y el paisaje en torno.
Se detuvo Talbot, imitado por Cassius y sus legionarios.
Contemplaban, sin ser vistos, la extraña ceremonia que tenía lugar en aquel templo subterráneo.
Kaya, con los afkanos agrupados en semicírculos concéntricos tras ella, estaba diciendo adiós a algo en una especie de surtidor de luz sonrosada vibrando en una hornacina.
Adivinó Talbot que era a Rakan, que abandonaba Rog.
Lost Eban estaba allí, en postrada actitud de adoración, al frente de sus hombres armados.
Kaya, erguida ante la llama, tendía en alto los brazos.
Se aceleró la sangre en las venas de Talbot al ver a Laura con su padre y Burke detrás de Kaya.
La llama iba extinguiéndose. Osciló convulsivamente, menguando, se elevó serpenteante una vez más, y súbitamente se apagó.
Rakan había regresado a su mundo estelar, lejanísimo.
Talbot alzó la diestra. Repitió Cassius el gesto, para bajar con fuerza la mano que empuñaba la espada.
La legión romana embistió a paso de carga hacia los desprevenidos afkanos.
Sorprendidos y asustados, los guerreros de Lost Eban se arremolinaron en intento desordenado de fuga. Fueron cayendo bajo el certero y fulminante tajo de las espadas romanas.
Talbot se abrió paso volteando su espada hasta llegar junto a Laura.
—¡Bendix! ¿Dónde están los rombos de transporte?
Son nuestra única esperanza.
James Bendix señaló una abertura.
—La cámara central.
Kaya daba órdenes. Los desorganizados supervivientes afkanos empezaron a atacar. No habían sido aún equipados con las armas nuevas, ya que empleaban lanzas y cimitarras.
Talbot, llevando de la mano a Laura, se dirigió a la cámara central, donde los rombos de transporte se erguían en sus

soportes de lanzamiento.
Un afkano se apartó del grupo combatiente y corrió hacia una plataforma sobre la cual había una esfera de plata montada sobre un pivote giratorio.
Dirigió el pico saliente de la esfera hacia los romanos. Surgió un delgado haz de luz azul. Y donde tocaba aquella luz, los hombres se desintegraban.
El afkano empleaba el rayo mortal sin discriminación, destruyendo por un igual aliados y enemigos.
Extrajo Talbot la automática.
El chorro de balas proyectó al artillero afkano fuera de la plataforma.
El pico disparando luz mortal giró sin control. El rayo azul bañó la enorme máquina de gravedad. Un segmento de la estructura metálica se fundió.
El resto de la maquinaria, falta de apoyo por la repentina desaparición de parte de su base, se derrumbó con estrépito fragoroso.
La voz de Bendix se elevó frenéticamente alarmada:
—¡La máquina de gravedad! ¡El escudo de gravedad va a desaparecer!
Talbot se dio cuenta del repentino peso creciente.
Sus piernas semejaban entumecidas, plúmbeas.
Una porción del techo de la caverna cayó con es trépito, enterrando a Cassius y a los combatientes bajo la piedra desmoronada.
La gravedad iba decreciendo rápidamente. Laura cayó de rodillas. Le costó a Talbot un esfuerzo sobrehumano alzarla y llevarla a rastras hacia la cámara central.
El rombo de transporte más cercano estaba a menos de diez pasos. Le pareció a Talbot que tardaba una eternidad en arrastrar a Laura al interior del rombo.
Cayó ella al suelo del rombo. Murmuró débilmente:
—Mi padre... , está casi llegando, Rolf.
Se volvió Talbot.
James Bendix distaba una docena de pasos. Se arrastraba desesperadamente.

Salió Talbot a ayudarle. En la pantalla pudo ver el pueblo de Afka derritiéndose como una maqueta de cera bajo la intensa luz del sol amarillo.
Clint Malkin y Hal Burke acudían arrastrándose fatigosamente a unos veinte pasos tras Bendix.
En fugaz visión contempló Talbot a Kaya, en pie, ante la hornacina donde Rakan estuvo dando su llama inspiradora.
Los brazos de Kaya se tendían implorantes, llamándole.
Otra porción de techo se derrumbó sepultándola así como a Burke y a Malkín.
Talbot tiró de los brazos de Bendíx llevándole al interior del rombo.
Quedó Talbot arrodillado, incapaz de levantarse. Lentamente se arrastró hacia la pared interior del rombo, donde sobresalía el blanco botón.
Lo apretó con el resto de sus energías.
El panel de puerta se cerró. El tremendo peso cesó. En la pantalla al interior del rombo, apareció el valle de los saurios al irse elevando el rombo.
La gran zona pantanosa hervía bajo la intensa luz solar.
La enorme presión gravitante iba fundiendo el planeta Rog.
Las estrellas empezaron a desfilar raudas, y finalmente en la pantalla aparecieron los contornos pardos, verdes y azules de la Tierra.
Una leve sacudida les anunció que habían aterrizado, James Bendix dijo ansiosamente:
—¡Salgamos! ¡Pronto, antes que cese la potencia! Salieron al exterior, en la fresca temperatura del anochecer.
Un prado. Una granja lejana. La vida terráquea.
Tras ellos, las paredes del rombo fueron desplomándose hacia adentro con un leve rumor susurrante, hasta desaparecer.
Rolf Talbot rodeó con su brazo los hombros de Laura Bendix.
Miraban ambos extasiados la larga carretera que conducía a la vida normal.
James Bendix contemplaba pensativo el horizonte estrellado.
Rolf Talbot inclinó la cabeza y besó apasionadamente a Laura.
La pesadilla de los ojos jinetes satánicos había terminado.

Renacían. Y el porvenir les pareció contener un cúmulo de pequeñas felicidades que constituían la vida misma, la dicha de vivir.

**FIN**